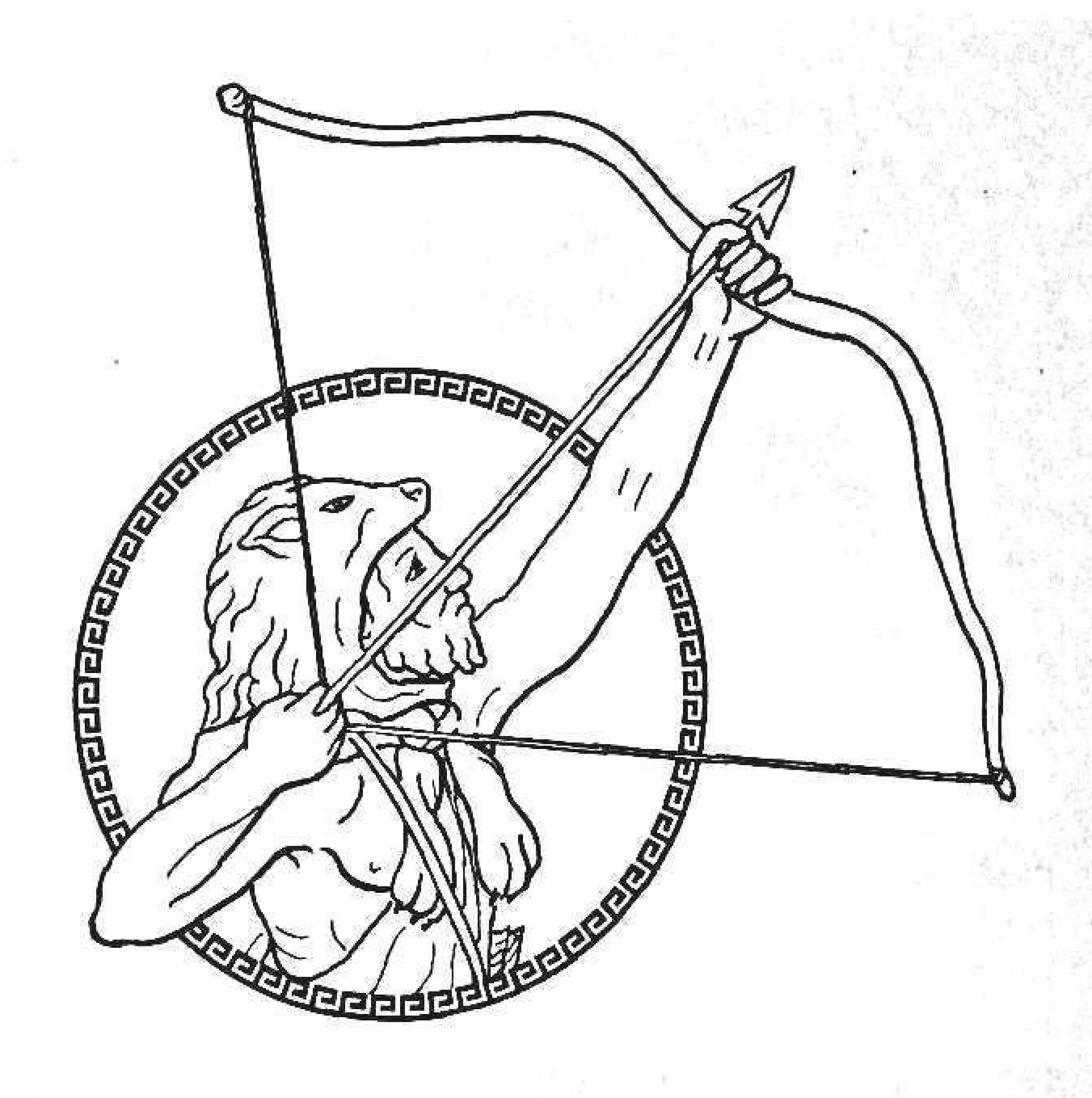
LA APOTEOSIS DE HÉRCULES



GREDOS

LA APOTEOSIS DE
HÉRCULES



MITOLOGÍA
GREDOS

© Bernardo Souvirón por el texto de la novela.
© Juan Carlos Moreno por el texto de la pervivencia del mito.
© 2017, RBA Coleccionables, S.A.U.

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de
esta publicación puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8897-4
Depósito legal: B 21181-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Envió Hércules al heraldo Licas a la ciudad de Traquis en busca de un hermoso vestido. Entonces Deyanira supo de Yole y, temerosa de que Hércules la prefiriese, creyendo que la sangre vertida por Neso era realmente un filtro amoroso, untó con él la túnica.

APOLODORO, *BIBLIOTECA*

Los mortales

HÉRCULES – héroe de fuerza extraordinaria, hijo de Zeus, nacido con el nombre de Alcides.
AQUELOO – dios-río que combate con Hércules por Deyanira.
ENEO – rey de Calidón, padre de Deyanira.
EÚNOMO – copero de Eneo, causante involuntario de la desgracia de Hércules.
ÉURITO – rey de Ecalia, uno de los maestros de Hércules.
ÍFITO – hijo de Éurito.
YOLE – hija de Éurito, prometida como premio al ganador de un concurso de arco organizado por Éurito.
MELEAGRO – hijo del rey de los etolios de Calidón con quien Hércules se encuentra en su descenso al Hades.
DEYANIRA – hermana de Meleagro y esposa de Hércules.
HILO – hijo de Hércules y Deyanira.
NESO – centauro que actuaba como barquero en el río Eveno.
CEIX – rey de Traquis que acoge a Hércules y Deyanira tras su salida de Calidón.

LICAS – compañero de armas de Hércules.
ÓNFALE – reina de Lidia que compra a Hércules en el mercado de esclavos.
FILOCTETES – reputado guerrero que heredará el poderoso arco del héroe.

Los eternos

ZEUS – soberano de los dioses olímpicos y padre de Hércules.
HERA – esposa y hermana de Zeus, impone los doce trabajos a Hércules, así como el nombre por el que es conocido como servidor de la diosa.

1

El recuerdo de una promesa

Alrededor del cabo Ténaro, la bruma rodeaba los acantilados y el viento azotaba la tierra, levantando pequeñas nubes de polvo cargadas de gotas de rocío. Sobre el suelo, los arbustos parecían inclinarse como animales asustados, tratando de ocultar sus cuerpos a la furia de la tormenta y de encontrar refugio entre las oquedades de un terreno yermo, permanentemente asediado por los rociones de un mar implacable.

Era el final de la tierra; un lugar desolado, de suelo rocoso que descendía abruptamente sobre el mar para hundirse en el oscuro abismo del inframundo. La vida, igual que la calma, había huido hacía mucho tiempo de aquella tierra solitaria y abandonada, de luz turbadora, en cuyo seno parecían incubarse gritos extraños, emitidos por pétreas gargantas aferradas a los ásperos cantiles de la costa.

Hércules caminaba envuelto por el inquietante coro de silbidos que el aire producía al penetrar en las grietas de las

rocas. Miraba a su alrededor, azotado por las húmedas rachas de lluvia, y contemplaba un paisaje desierto, una tierra vencida por el viento y el mar, de la que emergían paredes de piedra por cuyas bocas penetraban las ráfagas, cambiando su agudo siseo por una suerte de música extraña y dispersa, modulada por la infinidad de grietas y oquedades que decoraban aquella tierra solitaria, alejada, fronteriza.

Detuvo sus pasos un momento, mirando a su alrededor y dejando que el aire sacudiera sus mejillas. Contempló de nuevo la boca del Hades, donde no esperaba volver ya nunca más. Por un momento, el héroe creyó ver un pequeño resplandor, apenas un reflejo, y la figura de Cerbero, el monstruoso can guardián del inframundo, se dibujó despacio sobre el negro telón que parecía cubrir la entrada del mundo de los muertos.

Respiró hondo, disfrutando de aquella soledad completa, poderosa, y sintió placer al comprender que ya se había terminado el tiempo en que, convertido en esclavo de Euristeo, se había visto obligado a realizar, día tras día, luna tras luna, los doce trabajos que, impuestos por aquel rey cobarde y vengativo, habían logrado conformar buena parte de su personalidad como hombre y, a la vez, como hijo del dios de los cielos.

Ya no tendría que enfrentarse a nada ni a nadie por orden de ningún otro mortal; ya no tendría que volver a ver al miserable soberano de Tirinto temblar de miedo ante su presencia o esconderse como una alimaña en aquella enorme tinaja en la que no solo ocultaba su cuerpo, sino su propia indignidad. Ya no volvería a sentirse obligado a tener que escuchar las altivas y arrogantes palabras de Copreo, el ladino

y miserable mensajero de Euristeo, con quien esperaba tener la oportunidad de ajustar cuentas.

La música del viento, devuelta por los acantilados, lo envolvía por completo. Por un instante se sintió como cualquier otro mortal, perdido en un mundo inmenso, pero, a la vez, reconfortado por su propia insignificancia, e imaginó un futuro de calma, alejado de disputas y batallas, sin más monstruos a los que enfrentarse para arrancarlos de un mundo que, poco a poco, iba saliendo de las sombras de un pasado convulso y despiadado.

Comenzó de nuevo a caminar mientras, a su espalda, un lejano aullido se acoplaba al silbido de las rachas de viento. Imaginó a Cerbero de nuevo en el Hades, el lugar al que pertenecía, y en su memoria se dibujaron otra vez los días de viaje desde Tirinto en compañía del temible perro; una sonrisa se esbozó en sus labios recordando las noches en que el animal había dormido a sus pies con los sentidos agudizados, atento a cualquier ruido, dispuesto a protegerlo a la más mínima señal de alarma. Juntos habían recorrido un largo camino, cuajado de momentos en los que habían tratado de huir de su propia soledad, entregándose al gozo de su mutua compañía.

Mas ahora, se preguntaba Hércules, ¿hacia dónde iba a dirigir sus pasos? Con pesar se daba cuenta de que no tenía adónde ir. Era famoso, admirado, considerado ya un héroe casi divino, pero, en realidad, estaba solo, y su sola presencia causaba en ciudades y aldeas una mezcla de admiración, perplejidad y temor. Era el hijo del soberano del Olimpo, sin embargo, estaba obligado a vivir en un mundo al que no pertenecía, rodeado de seres efímeros, infinitamente

débiles, entregados a una necesidad que él desconocía por completo: la supervivencia.

La noche lo sorprendió muy cerca de la única aldea cercana al cabo Ténaro. Como en los días en que había descendido al Hades en busca del can Cerbero, sintió que se acercaba a la oculta guarida de una tropa de espectros. Las casas se dibujaban en el horizonte del ocaso como naves fantasmas perdidas en medio de una tormenta; solo algunas lámparas se intuían, con su balbuceante luz, derramando hilos de claridad sobre el oscuro lodazal de las callejas.

Hércules pasó de largo, sintiendo clavados en su espalda, como tantas otras veces, ojos que lo temían más que lo admiraban. Dejó atrás la aldea, como quien abandona un mundo perdido de cuyos habitantes nadie guardará nunca ni un solo recuerdo, y se internó en el bosque. Inmediatamente, con el manto oscuro de la noche cubriendo su cuerpo, percibió de nuevo que, en el interior de la espesura, el retraído canto de las aves o el quejido seco de las criaturas de la tierra lo reconfortaban infinitamente más que las palabras de alabanza o las canciones compuestas para celebrar todas sus victorias.

Detuvo su marcha al lado de un roquedo y decidió pasar la noche al abrigo de una de las grietas que horadaban las paredes de una profunda cárcava. Encendió fuego y dejó que su cuerpo recibiera relajado la caricia del calor. Se tumbó despacio sobre un lecho de hojas secas, notando la viveza de la llama, su resplandor tiñendo de oro los contornos de la grieta, y lo invadió una sensación de paz, de profunda calma, como si los brazos de Alcmena, su madre, lo acogieran despacio y lo acunaran como a un niño.

A su alrededor, un mundo ajeno a las guerras, a las batallas, a los asaltos y violaciones, un mundo alejado de los gritos de dolor de los enemigos o de las mujeres arrebatadas de sus casas como botín de guerra, desplegaba su silencio, salpicado de vez en cuando por los sonidos de la noche. Tumbado sobre aquella tierra, besado por el calor del fuego, Hércules creyó que había llegado el momento de serenar su alma, de entregarse a un descanso profundo que aliviara el peso de su propia grandeza, y, entonces, imaginó una casa, una habitación caldeada por el fuego, un hogar tranquilo, una mujer amable que deseara unir su vida con un hombre, no con un héroe hijo de Zeus.

Cerró los ojos vencido por la nostalgia y, repentinamente, como la luz de un relámpago iluminando la abrupta silueta de una costa desconocida, el héroe creyó ver el contorno de su propio futuro. Se sentó un momento, atizando la hoguera y dando rienda suelta al recuerdo que se había filtrado en su mente. Entonces, volvió a verse dentro del Hades, cumpliendo las órdenes de Euristeo, pero sus recuerdos no se detuvieron en la hazaña de vencer a Cerbero o de rescatar al ateniense Teseo de las profundidades del inframundo, sino en el momento en que habló con la sombra de Meleagro de Calidón, el hijo de Eneo, cuya desdichada historia lo había conmovido profundamente.

Dejó que las imágenes se sucedieran en su mente, convencido de que su padre, el gran Zeus, le estaba mostrando una vez más el camino, y una palabra, un nombre, se deslizó con toda claridad entre las demás imágenes:

—Deyanira —dijo Hércules en voz alta.

El nombre de la hija de Eneo, hermana de Meleagro, llenó su mente. Con calma, sin la más mínima sensación de

pesadumbre, rememoró el momento en que, deseando aliviar el dolor del desdichado, le había prometido desposarla.

Tranquilamente, volvió a recostar su cuerpo, relajó sus miembros y, cerrando los ojos, se entregó al sueño convencido de que en Calidón, como antes en Tirinto, lo esperaba el camino hacia el futuro

∞

Durante días anduvo hacia el norte. Atravesó ríos, valles y montañas tratando de esquivar los poblados y ciudades de los hombres, gozando de la soledad y el silencio. Lejos de los agasajos, las ceremonias de bienvenida y los discursos aduladores, Hércules siguió no solo el rumbo que le marcaban las estrellas en el cielo de la noche, sino el de su propio corazón, que lo guiaba implacablemente a lo largo de un viaje hacia el interior de sí mismo.

Acompañado por sus recuerdos, asediado por sus errores y confortado por el halo luminoso de sus gestas, el héroe desapareció temporalmente del recuerdo de los hombres, como si se hubiera convertido en una sombra esquiva, perdida entre la cegadora luz de sus hazañas. En las fiestas de los pueblos y en los festivales de las ciudades, sus victorias aparecían en las canciones entonadas por los poetas o recitadas por los coros, que lo celebraban como si fuera ya un dios y hubiera desaparecido de la tierra para refugiarse en las celestes moradas de los inmortales.

Cuando llegó al norte del Peloponeso, al lugar en que el mar corta en dos la tierra de Grecia, se embarcó en un esquife, confundido entre los muchos lugareños que viajaban a diario hacia las tierras del norte. Acodado sobre la regala de

la embarcación, apartado de todos y con el rostro cubierto por una oscura capucha, su talla formidable y su figura solitaria despertaban entre los demás transeúntes una curiosidad irreprimible y un temor casi reverencial, de manera que nadie se atrevió a perturbar con ninguna pregunta el silencio de aquel hombre enorme, extraño y esquivo, que parecía desear el sosiego por encima de cualquier otra cosa.

Desembarcó en tierras de Etolia una clara tarde de invierno, con el sol a punto de ponerse y la luz del ocaso tiñendo de sangre el horizonte. Una brisa fría y húmeda lo envolvió cuando inició el camino hacia la ciudad de Calidón, el reino de Eneo, la tierra en que había tenido lugar la partida de caza más célebre de todas, aquella que había reunido a los más famosos guerreros de Grecia y que, desdichadamente, había supuesto para el desgraciado Meleagro el principio de su desgracia y de su muerte.

Desechó Hércules tales pensamientos, acelerando el paso para encontrar un abrigo en el que descansar aquella noche. Se internó otra vez por sendas de ganado, solitarias y alejadas del bullicio de los poblados y aldeas, y, al abrigo de nuevo de una roca, descansó con la imagen de la desconocida Deyanira rondando su cabeza.

¿Cómo sería aquella mujer? ¿Podría cumplir su promesa y, a la vez, encontrar la paz que su espíritu deseaba desde hacía tiempo? Hércules descansó aquella noche acariciado por un sueño tranquilo, sereno, cuyas imágenes le hicieron intuir que, en torno a la joven Deyanira, se estaban tejiendo los hilos de su destino.

Rodeado de sombras, con la tierra arropada por el manto del rocío y los cielos tachonados por los innumerables ojos

de los astros, Hércules volvió a soñar con un futuro de tranquilidad, de paz y de consuelo. Su lado humano, heredado de su madre, deseaba con todas sus fuerzas el sosiego que, hasta entonces, no había sido capaz de disfrutar. No obstante, su lado divino, legado de su padre Zeus, ansiaba perdurar todavía más en la memoria de los hombres y llevar a cabo nuevas hazañas que le hicieran merecedor de un lugar en el Olimpo, al lado de su progenitor. Sus dos naturalezas, enfrentadas permanentemente como dos luchadores en medio de un campo de batalla, pugnaban, incluso en sueños, por prevalecer.

Un grito lejano lo despertó. Abrió los ojos lentamente y, bajo la bóveda del cielo, teñida de rosa por la luz de la aurora, vio la silueta de un águila volando hacia el oeste. Sonrió levemente, imaginando que su padre le indicaba el camino a Calidón, y abandonó su improvisado campamento con una extraña emoción alentando en su pecho y el imaginado rostro de Deyanira esbozándose en su mente.

Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo, el olor de la leña quemada inundó sus sentidos; era un olor agradable, que le recordaba los días de su niñez en Tebas. Decidido, aceleró el paso, cubrió de nuevo su cabeza con la capucha y deslizó sobre sus hombros un manto de lana mientras se acercaba a los arrabales de la ciudad de Calidón.

Enseguida percibió un punto de inquietud, una sombra de tristeza en los rostros de sus habitantes, pero no se detuvo ni preguntó a nadie. Tomó las empinadas calles y se dirigió hacia la colina de la acrópolis, donde se asentaba el palacio del rey Eneo rodeado de imponentes muros que, vistos desde la ciudad baja, parecían una siniestra coraza de piedra cubriendo el pecho de un gigante. El camino estaba lleno de

barro; por doquier todo parecía haber estado anegado por el agua, y los habitantes de la ciudad estaban empeñados en secar sus enseres y sacar del interior de sus chozas restos de fango. Hércules pensó que algún río cercano se había desbordado, anegando las partes bajas de la ciudad.

Antes de llegar a su destino se quitó la capucha y el manto de lana, dejando al descubierto su rostro y su cuerpo, revestido con la piel del león de Nemea, el botín de su primer trabajo. De inmediato, como dardos invisibles, sintió los ojos de los habitantes de Calidón, escudriñándolo; oyó los murmullos, percibió las exclamaciones de admiración y, de nuevo, se vio inmerso en el mundo de los hombres.

Cuando alcanzó las puertas del palacio, los guardias le franquearon la entrada y lo miraron como a un liberador cuya presencia es bendecida por todos.

◇◇◇

—Te doy la bienvenida, Hércules —dijo Eneo al recibirlo—. Es un honor tenerte entre nosotros.

Un tenso silencio siguió a las palabras de bienvenida del rey, que parecía tan preocupado como sus súbditos. Hércules lo miró fijamente, percibiendo la tensión en su rostro y en las protocolarias palabras de bienvenida. Poco acostumbrado a los hábitos palaciegos, incapaz de hablar con rodeos y de retrasar con frases huecas la verdadera razón de su llegada, el héroe descargó el peso de su cuerpo sobre la maza, clavada en el suelo, y adoptando un semblante serio, reveló al rey la razón de su presencia:

—He venido a cumplir la promesa que, en el interior del Hades, hice a la sombra de tu hijo.

El rostro de Eneo se tensó, y sus ojos se humedecieron al recordar a Meleagro.

—¿Hablaste con mi hijo? —preguntó al borde del llanto.

—Así es —contestó Hércules—. Hablé con su desolada sombra cuando descendí al inframundo para cumplir uno de los trabajos ordenados por el infame Euristeo. Tu hijo te recordaba vivamente, al igual que a toda su familia, y me contó entre lánguidos sollozos la historia de su desgracia.

Eneo escuchaba atónito las palabras de aquel héroe formidable, capaz de escapar de los dominios del mismo Hades y regresar a la tierra para cumplir una promesa. Apenas se atrevía a mirarlo a los ojos, como si el verdadero rey fuera Hércules, y él un simple súbdito dispuesto a mostrarle admiración y respeto. Finalmente, intentando sobreponerse a la emoción, se decidió a preguntar:

—¿Qué promesa hiciste a mi desdichado hijo? —acertó a decir, balbuceando.

—Le prometí que desposaría a tu hija, Deyanira.

Las palabras de Hércules se clavaron en el ánimo del rey, y en su rostro se dibujó un gesto de esperanza. Mas al punto, como la tormenta repentina y violenta que, inesperadamente, se cierne sobre una nave en medio del mar, un mal presagio ensombreció el rostro de Eneo. Sus miembros perdieron toda energía y su ánimo desfalleció. Incapaz de ocultar su tristeza, se acercó a Hércules, tomó sus dos manos por las muñecas y lo miró fijamente a los ojos.

—Ojalá hubieras llegado hace solo un día, querido amigo, pues nada me hubiera complacido más que entregarte a mi hija en matrimonio. Quizá entonces hubiera sido capaz de imaginar una sonrisa dibujada en el rostro de mi hijo.

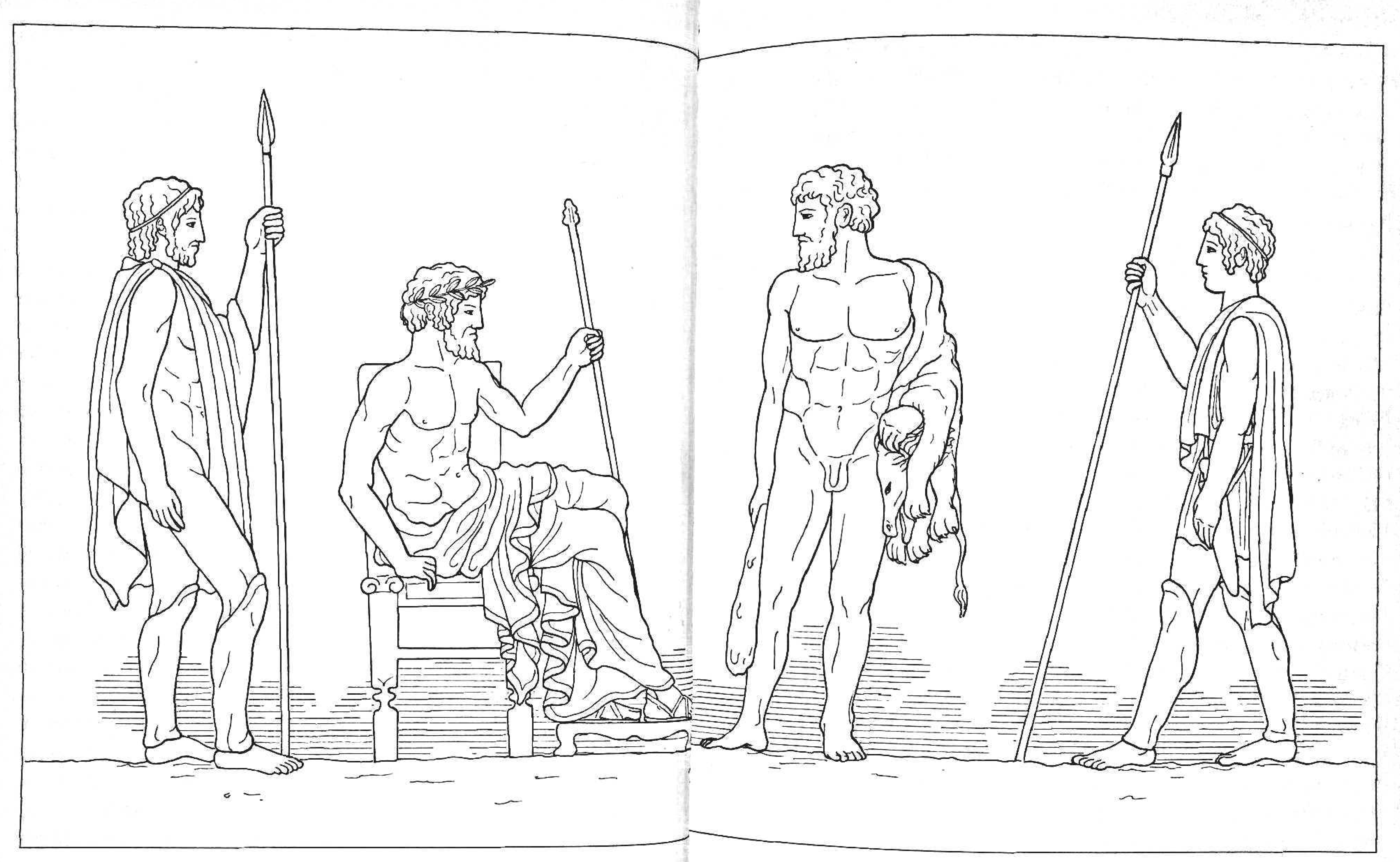
Apretó sus dedos sobre las manos de Hércules y, sin fuerza, sin ánimo, continuó hablando.

—Ayer me pidió la mano de mi hija el gran dios Aqueloo, señor del río que lleva su nombre. Llegó a mi palacio inundando todo con su cuerpo de agua, transformándose ante mis ojos en toro, serpiente y hombre, y yo no me atreví a contrariarlo, a pesar del rostro desencajado de Deyanira.

Aflojó la presión de los dedos, como si haber podido compartir su desdicha lo hubiera liberado de una pesada carga. Retrocedió unos pasos y se sentó sobre el banco de piedra que rodeaba la estancia. Entonces, el rostro de Hércules se iluminó con una luz extraña; apretó los dientes y su mentón vibró con fuerza, haciendo que su quijada chirriara un momento. Con calma, dejó la clava a un lado, apoyada sobre la pared, y se dirigió al rey con palabras suaves.

—Cumpliré mi promesa, rey Eneo. Mañana, cuando las primeras luces del alba asomen sobre el horizonte, partiré hacia el lugar en que el cauce del dios fluye con fuerza. Hablaré con él. —Calló un momento, respirando hondo, despacio, sin dejar de mirar al rey—. Me escuchará —añadió casi susurrando.

Aquella tarde, todos los habitantes de Calidón supieron la noticia de que el gran héroe Hércules estaba en la ciudad. De boca en boca, a través de calles y plazas de la urbe, la gente comentaba sus palabras, temiendo que su presencia desatara la cólera de Aqueloo, el hijo de Océano y Tetis, cuyo caudal era el mayor de toda Grecia. En torno a él, los habitantes de Etolia habían tejido muchas leyendas que hablaban de su fuerza, de la terrible furia de sus aguas desbordadas y de su aterradora capacidad para transformarse en



El rey Eneo escuchó atónito las proezas que había llevado a cabo Hércules.

toro, dragón, serpiente o cualquier otro monstruo. Contaban de él que era el padre de muchos manantiales y que de sus aguas habían brotado las fuentes de Pirene en Corinto, de Dirce en Tebas y, sobre todo, el manantial sagrado de Castalia, en Delfos.

Dentro del palacio de Eneo, la presencia de Hércules parecía haber tranquilizado los ánimos. El héroe hijo de Zeus, que había vencido al temible león y a la espantosa hidra, que había regresado vivo del Hades tras haber logrado pactar con el mismo rey del inframundo, conseguiría convencer al gran dios del río y cumpliría la sagrada promesa hecha a Meleagro en el sombrío mundo de los muertos.

Antes de que el Hércules se retirase a descansar, Eneo llevó a Deyanira, que había sido informada acerca de la razón de su llegada, a su presencia. La muchacha no podía borrar la sonrisa de sus labios y, cuando estuvo delante de él, sintió una oleada de calor, una cálida sensación de felicidad al pensar que aquel hombre podría ser su esposo. Los dos cruzaron su mirada y sus ojos fueron repentinamente cómplices de una íntima promesa de placer. Deyanira respiraba agitadamente, sobre las comisuras de los labios se dibujaba un pequeño surco que realzaba sus pómulos y daba a su cara un aura de expectación, anhelo, ansia por un futuro sin miedo, lejos del terror que había inundado su ánimo al saber que un dios deseaba ser su esposo.

Entonces, Hércules se acercó a ella, que permaneció quieta, al lado de su padre. El héroe adivinaba en el pecho de Deyanira los golpes de su excitado corazón e, inmediatamente, captó la deliciosa expresividad de su cara y el presagio de felicidad que se ocultaba tras sus tímidos gestos.

—Cumpliré la promesa que hice a tu hermano, Deyanira. Y hoy, tras conocerte, sé que lo haré no solo por él, sino también por mí mismo.

Entonces, miró a los ojos de Eneo y, con toda su decisión reflejada en el rostro, añadió:

—Mañana intentaré convencer al dios Aqueloo, mas, si no lo logro, lo retaré a un combate por la mano de tu hija.

Eneo asintió con el rostro serio, pues sabía muy bien que, si se llevaba a cabo la lucha, la derrota de Hércules supondría no solo su propia desgracia y la de su hija, sino la de todo su reino. Extendió los brazos hacia el héroe, y ambos estrecharon sus manos, sellando con ello una silenciosa promesa de mutua fidelidad.

En ese momento, turbadamente, Deyanira tomó la palabra y se dirigió a Hércules con agradecimiento.

—Ayer mi pretendiente, dentro de la casa de mi padre, transformó su cuerpo tres veces, llenando de angustia mi ánimo. Primero un toro, con cara torva y cuerpo oscuro, de agrio olor; después, una serpiente, insinuando con su sinuoso cuerpo el ondulado fluir de su corriente. Finalmente se mostró como un hombre con rostro de buey. De las sombras oscuras de su barba brotaban corrientes y chorros de agua, que anegaron la casa y embozaron mis esperanzas.

Deyanira calló un momento, se separó de su padre y, delante de Hércules, intentando taladrarlo con la fuerza de su mirada, dejó que las palabras fluyeran libremente.

—Me has salvado. No sé qué ocurrirá mañana, ni sé si volveré a tener el placer de verte, pero debes saber que, suceda lo que suceda, tendrás siempre mi eterno agradecimiento. Espero poder demostrártelo.

Tras asentir en silencio, Hércules salió de la habitación dispuesto a descansar y reponer fuerzas. Mientras el sueño acudía, las últimas palabras de Deyanira resonaron en su mente, como el eco de un ambiguo presagio.

◇◇◇

La llanura estaba empapada por el rocío de la noche y la humedad desprendida del cauce del río. Hércules avanzaba en guardia, oyendo a lo lejos el estruendo del agua y sintiendo a cada paso el ánimo de Deyanira, cuyo rostro no se borraba de su recuerdo. Percibía por todas partes la presencia del río, y no podía evitar la sensación de que muchos ojos lo observaban. El suelo era blando, lleno de lodo, y un olor a cieno inundaba la neblinosa atmósfera del valle.

A su alrededor, criaturas del agua, húmedas, blandas y pegajosas, se escabullían a su paso, buscando refugio rápidamente entre las piedras o en las someras charcas de turbias y enlodadas aguas. En las plantas de los pies, en los tobillos y en las pantorrillas, Hércules notaba el agudo pinchazo de las bocas de sanguijuelas, gusanos y extrañas lombrices de cuerpos rollizos que estallaban bajo el peso de su cuerpo, desprendiendo un líquido amarillento, viscoso, de olor penetrante y nauseabundo.

Aceleró el paso, incómodo e irritado. Hubiera preferido desplazarse delante de un ejército de enemigos desplegado sobre una llanura antes que atravesar aquel fangal pantanoso y repugnante, cuajado de pequeñas criaturas que se adherían a su piel con sus bocas diminutas. Por fin, delante de él, una pared rocosa parecía ocultar el rugido de la corriente de Aqueloo.

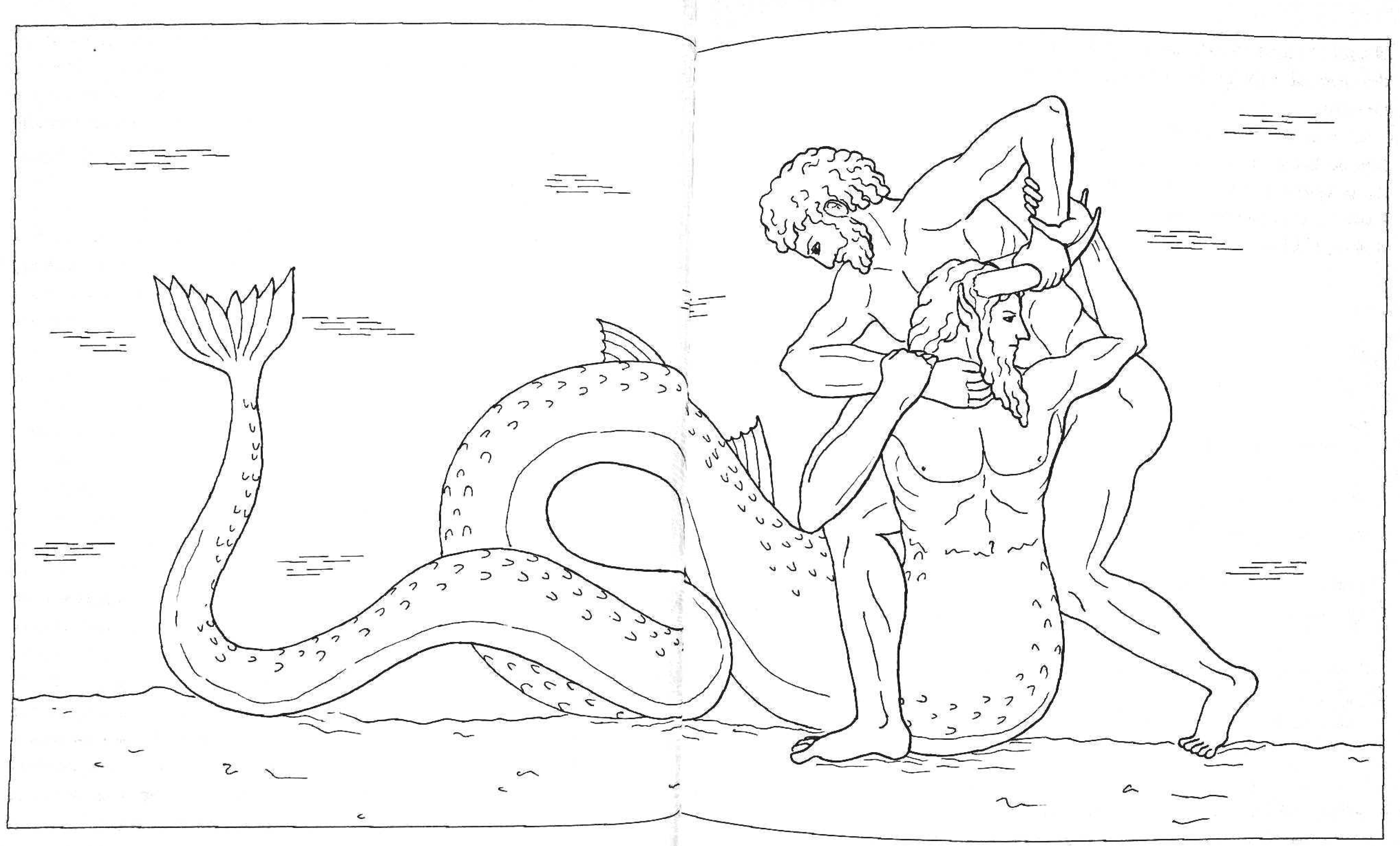
En ese momento, repentinamente, por encima de las rocas se alzó una enorme ola, una masa rugiente que desplegó su furia avanzando hacia él. Corrió Hércules, tratando de no ser alcanzado por la saña del río, cuyo rugido ensordecía la mañana. Pero fue inútil: una serpiente con cuerpo de agua, de fuerza incontenible, lo arrolló y lo lanzó en todas direcciones, como una hoja a merced del viento.

El héroe cerró los ojos, creyendo que, al fin, había llegado el último de sus días. El agua lo sacudía ferozmente; pedazos de roca, astillas arrancadas de árboles y arbustos laceraban su piel como un enorme látigo manejado por la mano de un gigante, hasta que, casi rendido, con el aire faltándole ya en el pecho, se abandonó por completo a la fuerza del dios.

Mas entonces, el agua cesó en su empuje y se desvió mansamente, retirándose como una perra de caza a la orden de su dueño. Hércules abrió los ojos, incorporándose despacio, intentando recuperar el brío y la esperanza. Seguidamente, unas palabras graves, densas como los cuerpos de las criaturas de los pantanos, penetraron en sus oídos.

—Dime, ¿a qué has venido, Hércules? ¿Acaso creías que podías humillarme arrebatándome a la mujer que deseo por esposa?

El héroe vio delante de él un enorme toro, de rizada testuz y cuernos curvados que apuntaban hacia el cielo. Sin decir una palabra, convencido de que Aqueloo, transformado en toro, creía haberlo vencido ya, se lanzó hacia delante con el ímpetu de todas sus fuerzas, agarrando con sus manos los afilados cuernos. Los dedos del héroe se aferraron a las astas como garras, sus piernas se clavaron en



Hércules luchó contra Aqueloo, una serpiente de agua de fuerza incontenible.

el suelo y, profiriendo un terrible alarido, retorció el cuello del animal, que se derrumbó con estrépito sobre la tierra fangosa.

Con un último esfuerzo, Hércules arrancó uno de los cuernos de la cabeza de Aqueloo. Un chorro de sangre emergió de la herida mientras el agónico aullido del dios envolvía, como la espesa niebla del invierno, todas las calles de la ciudad de Calidón.

2

La sombra del barquero

Sobre la mesa de la sala del trono había un cuerno extraño. Era pequeño, brillante, y de su interior rebosaban flores y pequeños frutos en abundancia; un perfume suave y delicioso se desprendía de él, llenando la estancia con el aroma de los arbustos de primavera.

—Este es el presente de boda del dios Aqueloo —dijo Hércules—. Con él renuncia a su derecho sobre tu hija Deyanira.

El rey miraba el cuerno con curiosidad, con una nerviosa sonrisa dibujada en sus labios.

—Lo acepto encantado, Hércules —respondió Eneo—. Para mí el verdadero regalo es que nos hayas librado de una boda que nadie deseaba.

El héroe se acercó al soberano con gesto de complacencia. En su cuerpo todavía se notaban los rastros de su feroz pelea con las furiosas aguas del río, pero sus ojos transmitían una

expresión de calma, casi de felicidad. Tomó el cuerno en sus manos y dijo:

—Aqueloo se transformó en toro en el momento en que, casi ahogado por sus aguas, creí que había llegado mi hora. Cuando pude respirar y recuperar algo de mi fuerza, me abalancé sobre él y le arranqué una de sus astas.

—Toda la ciudad oyó el terrible bramido del toro —le interrumpió Eneo—, pero algunos creyeron que era una señal de su triunfo.

Hércules sonrió de nuevo, rememorando el momento de su victoria.

—Aqueloo se rindió enseguida —continuó—, sabiéndose inferior en la pelea, y me cedió su derecho de boda con Deyanira, pero me pidió que le devolviera el cuerno que había arrancado de su testuz; a cambio, me regaló este.

Acarició el divino presente, deslizando con suavidad los dedos entre las hojas y frutos que nacían de su interior.

—Aqueloo me rogó también que te lo ofreciera como sincero regalo de bodas y como prueba de la aceptación de su derrota. Es uno de los cuernos de la cabra Amaltea, la nodriza de Zeus, mi padre, y se dice que traerá abundancia, fortuna y alegría a quien lo posea.

Eneo tomó de las manos de Hércules el cuerno de la abundancia y lo observó complacido, agradeciendo a Zeus que hubiera traído a su hijo hasta su casa. Entonces, dejando el asta sobre la mesa, se dirigió de nuevo a Hércules con palabras cargadas de respeto, afecto y agradecimiento.

—Celebraremos la boda inmediatamente, Hércules. Mi presente será ofrecerte mi casa, mi ciudad y, especialmente, mi deseo de que te quedes con nosotros para siempre, pues

sin duda esa ha debido de ser la intención de tu padre al dirigirte hacia Calidón.

Eneo hizo una pausa, y añadió:

—Quizá aquí encuentres la paz y el reposo que mereces.

Hércules bajó los ojos por un instante, como si las palabras del rey lo hubieran llenado de melancolía.

—Acepto, rey Eneo —dijo lacónicamente al fin, sin levantar del suelo su mirada.

El héroe respiró hondamente, pero no pronunció una sola palabra más. Asintió de nuevo con un gesto de su cabeza, convencido de que la paz, el sosiego y la felicidad eran patrimonio de los hombres comunes, de aquellos cuyos nombres no habrían de perdurar. La gloria, empero, la fama, la trascendencia e, incluso, la inmortalidad, solo podían conseguirse con sufrimiento y, especialmente, con la renuncia absoluta a toda esperanza de felicidad.

◇◇◇

La boda entre Hércules y Deyanira se celebró una radiante mañana de finales de invierno. La luz era cálida y la brisa llegada desde el mar contenía ya flecos templados que anunciaban una nueva primavera, y toda la ciudad de Calidón estalló de euforia. La presencia del héroe que, tras sus doce trabajos, parecía haber dejado atrás las sombras de su carácter violento, llenó a los ciudadanos de un sentimiento de seguridad profundo, pues sabían que ningún enemigo osaría atacar la ciudad en que vivía Hércules.

Deyanira era feliz. Su matrimonio con el hijo de Zeus no solo colmaba sus anhelos más recónditos, sino que, a la vez, reconfortaba y daba algo de calor a la sombra de su her-

mano. Durante la ceremonia imaginó que el desmadejado rictus del rostro de Meleagro, difuminado en la permanente y húmeda niebla del Hades, se hacía más dulce y esbozaba una tenue, suave y templada sonrisa.

La muchacha disfrutó de cada palabra, de cada instante, agradeciendo a Zeus y a los demás inmortales haber cruzado su vida con la de Hércules, y, cuando al fin terminaron todas las celebraciones, se entregó a su marido con una pasión que lo atrapó por completo, haciéndole olvidar su inclinación por el viaje y la aventura.

Hércules se recreó entonces en los placeres de la vida sedentaria. Disfrutaba con la presencia de su esposa y salía cada día a ejercitarse en la caza y en todo tipo de ejercicios físicos, desde la práctica del salto o la carrera, al lanzamiento de todo tipo de armas arrojadizas, de forma que, en poco tiempo, el equilibrio entre la actividad física y el placer de sus encuentros con Deyanira, le procuraron una paz profunda y un sentimiento de serenidad que le hicieron olvidar toda nostalgia de aventura.

Esta sensación de paz y estabilidad se hizo todavía más patente con el nacimiento de su primer hijo, a quien puso por nombre Hilo, el nombre de un río de Lidia que vertía sus aguas en el Hermo, y cuyas riberas, abruptas y rocosas, le recordaban a las del Aqueloo.

Hércules vio crecer a su vástago y contribuyó a su adiestramiento, enseñándole el manejo de las armas, el arte de montar a caballo y la habilidad para conseguir que su cuerpo fuera capaz de resistir el dolor, el hambre y el frío. Con el paso del tiempo, padre e hijo se internaban en los bosques que rodeaban la ciudad o desaparecían a caballo hasta llegar a la costa

del mar del oeste, un lugar que al niño le producía una fascinación irreprimible. Contemplando el permanente movimiento de las aguas, el muchacho imaginaba naves, ciudades, pueblos al otro lado de la costa, y soñaba con verse navegando hacia el oeste, rumbo a lugares en que el sol se pierde más allá del horizonte. Entonces, sentados sobre las rocas, Hércules contaba a su hijo sus hazañas en el jardín de las Hespérides, o su terrible combate con el gigante Gerión, en cuyas tierras había levantado dos columnas para conmemorar su victoria.

Hilo disfrutaba cada instante, cada anécdota, y anhelaba hacerse mayor para poder acompañar un día a su padre en alguna de sus maravillosas aventuras. Y Hércules, con el mar delante de sus ojos, rememoraba los tiempos en que había navegado hacia el otro lado del mundo, desafiando vientos y corrientes, no solo por cumplir las órdenes de Euristeo, sino también su deseo, su afán por conquistar el horizonte.

Cuando regresaban a la ciudad, Deyanira solía observarlos desde las murallas, complaciéndose al divisar las siluetas de ambos y disfrutando con la sensación de plenitud que le producía vivir en compañía de su esposo, su padre y su hijo. Cada día se esforzaba por dedicar alguna plegaria de agradecimiento a los dioses, artífices de aquella felicidad que la colmaba por completo.

Mas una noche, aquella ilusión de bienestar se quebró por completo, como si la fatalidad formara parte de la vida de Hércules igual que sus brazos, su corazón o su conciencia. Corría el verano y las noches eran cálidas, propensas a los banquetes en el patio del palacio y a las conversaciones prolongadas de madrugada, alimentadas por el frescor nocturno y la nostalgia por los días pasados.

Algunas veces, bajo el luminoso cielo nocturno, el héroe cerraba los ojos y se veía a sí mismo viajando de nuevo, cruzando el mar hasta el temible océano, atravesando cordilleras o vadeando ríos, sin otro techo que el cielo ni otro hogar que la tierra entera. Apenas recordaba sus luchas, sus batallas o sus victorias, como si las hazañas que lo habían hecho famoso en todo el mundo no formaran parte de sí mismo, sino de su estela. Durante esas noches, cuando el vapor del vino disipaba sus preocupaciones, a su mente acudían paisajes, el cielo cuajado de estrellas o teñido con la blanca lana de las nubes, el rostro de las mujeres a las que había amado o, simplemente, poseído, y, sobre todo, el horizonte, el lejano y esquivo horizonte, el único enemigo al que nunca había podido alcanzar.

¿Qué ocultaba la línea del horizonte?, se preguntaba mientras oía, sin prestar atención, la conversación a su alrededor. ¿Qué tierras, qué pueblos habitarían más allá de las columnas que había erigido en el remoto occidente?

Aquella noche, como tantas otras, Hércules se abandonó de nuevo al placer de la bebida y dejó que su imaginación saliera lejos de los muros del palacio de Eneo. Como siempre, delante de sus ojos entreabiertos apareció su alma de viajero, las imágenes de los mares, desiertos, valles y montañas que había atravesado gozando de cada instante, sabiéndose completamente libre, sin pensar en otra cosa que no fuera llegar a otra tierra, a otro mar, siguiendo su impulso de fundirse con el horizonte.

Entonces, repentinamente, sintió agua caliente sobre su piel. Como si hubiera sido herido por la cegadora luz de un rayo en medio de la noche, Hércules salió de su ensoñación y, en un acto reflejo, igual que si hubiera sido atacado por un

enemigo de improviso, lanzó su brazo contra su imaginario adversario. Enseguida notó el impacto de su mano sobre un rostro, y, muy despacio, como si todo estuviera ocurriendo en el desdibujado universo de los sueños, abrió los ojos y vio caer sobre las mesas el cuerpo de un muchacho.

Inmediatamente, todos los sentidos del héroe recobraron su penetrante agudeza; a su alrededor solo era capaz de percibir caras desencajadas, ojos abiertos que parecían contemplar el mismísimo rostro de Hades, y silencio, un terrible silencio tras el estruendo provocado por los desmadejados miembros del muchacho derribando en su caída vasos, platos, lechos y sitiales.

Mientras se acercaba como un sonámbulo al cuerpo inerte, todos los presentes se levantaron, sin pronunciar una sola palabra, contemplando consternados lo ocurrido: Éunomo, el joven copero del rey, se había acercado a Hércules con una escudilla de agua caliente, con la intención de lavarle los pies. El muchacho había tropezado con uno de los escabeles que rodeaban las mesas y había vertido involuntariamente el agua caliente sobre las manos y el rostro del héroe que, adormilado por el vino, sobresaltado al notar el agua sobre su cuerpo, había reaccionado lanzando una bofetada sobre la cabeza del infortunado muchacho.

Hércules permaneció de rodillas junto al desdichado copero. Delante de él no solo se encontraba el cuerpo sin vida de Éunomo, sino una imagen que creía haber desterrado para siempre de su vida: el fantasma de su propia violencia. Tomó entonces el rostro del muchacho entre sus manos, preguntándose la razón por la que los dioses, de nuevo, lo castigaban con tanta dureza.

Inmediatamente, Arquíteles, pariente del rey y padre de Éunomo, se atrevió a dar unos pasos en dirección al cadáver. Con las lágrimas desbordando sus ojos, apartó con suavidad a Hércules y tomó entre sus brazos el cuerpo sin vida de su hijo. Juntó su rostro con el del muchacho y, sin darse cuenta, comenzó a entonar un canto fúnebre surgido de la memoria de los tiempos.

Nadie se movió ni pronunció una sola palabra; todos esperaron hasta que Arquíteles terminara de honrar a su hijo con aquel treno que recordaba el canto, monocorde y sombrío, de las criaturas de la noche. Mientras, Hércules permaneció a su lado, paralizado, absorto, intentando asimilar las consecuencias de lo que acababa de ocurrir.

Por fin se hizo el silencio. Arquíteles cesó de emitir el hondo quejido de su canción y, tras dejar suavemente el tibio cadáver de su hijo sobre el suelo, se levantó, miró a Hércules e, intentando contener la emoción, le dijo:

—Un dios nos ha traído esta desgracia. He visto lo sucedido. —Calló un momento y, acercándose un poco más al héroe, prosiguió—. Te concedo mi perdón y estoy dispuesto a purificarte por este crimen que, lo sé muy bien, tú no has deseado.

Hércules permaneció en silencio, con la mirada perdida y la mente en blanco, como si el curso del tiempo se hubiera detenido y él mismo no fuera capaz de asimilar lo que estaba sucediendo.

—No hace falta que abandones Calidón —continuó Arquíteles— pues, si te marchas, caerá sobre nuestra ciudad una doble desgracia. Tú no puedes devolver la vida a mi hijo, pero su pérdida no puede compensarse de ningún modo con

la tuya. Acepta mi perdón, Hércules, y quédate. Deja que tu hijo crezca aquí, entre nosotros.

Mas Hércules no contestó. Siguió en silencio, ensimismado, sin mirar siquiera al hombre que, con el cuerpo rígido, y el rostro helado, le concedía el perdón a pesar de haber segado la vida de su hijo. Repentinamente, dio media vuelta y, sin atreverse a cruzar la mirada con ninguno de los allí presentes, abandonó la habitación y se dirigió hacia el interior del palacio.

En su mente maldecía su ingenuidad por haber creído que la tranquilidad y la vida apacible, alejada de aventuras y combates, eran posibles. Con los dientes apretados y la quijada tensa, sobresaliendo del contorno de su rostro, aceptó para siempre que su futuro, su destino, nunca estaría en sus manos, sino en las de esos dioses entre los que, alguna vez, él mismo habría de contarse.

◊◊◊

Al cabo de unos pocos días, después de honrar el cadáver del infortunado Éunomo, Hércules partió hacia el este, al otro lado de las tierras de Grecia, en dirección a las costas del mar Egeo. Dejó en Calidón a su hijo Hilo, con la intención de librarlo de los riesgos e incertidumbres que volvían a formar parte de su vida, deseando reencontrarse con él pasado algún tiempo.

A pesar del perdón de Arquíteles y el deseo del propio rey Eneo, había decidido volver al exilio, incapaz de soportar la vergüenza. Recordaba el momento del golpe del muchacho contra el suelo, el hilo de sangre deslizándose desde la comisura de sus labios y el gesto de incomprensión dibujado en

unos ojos completamente abiertos, con la oscura sombra de la muerte esbozándose en sus dilatadas pupilas.

Durante los días de luto dedicados a Éunomo, Hércules sintió la comprensión y el calor de su esposa. La mujer, conmocionada por su desgracia, lo había acompañado cada noche, intentando remediar con los placeres del cuerpo el terrible vacío de su alma. Por un momento, Deyanira llegó a temer que su marido volviera a ser atrapado por una melancolía irremediable, igual que aquella que lo había prendido en su juventud y lo había hecho perder de lleno la cordura.

Cuando abandonaron Calidón, no sabía el lugar al que se dirigían. Sin preguntar nada, procurando no interrumpir los pensamientos de su marido, Deyanira decidió acompañarlo, convertirse en su silenciosa sombra y estar permanentemente preparada para aliviar su mente atormentada.

Ambos salieron de madrugada, sin escolta. Anduvieron con calma, escuchando el ruido de sus propios pasos, disfrutando del frescor de la mañana y del efímero silencio que rodea los albores del día. Hércules caminaba con paso decidido, la mente en blanco, convencido de que era inútil trazar su propio plan, intentar tomar las riendas de su propia vida.

Frunció levemente el ceño al pensar en Hera, persuadido de que lo haría sufrir de nuevo, dispuesta a vengar en él los celos que sentía por su esposo. Entonces, mientras disfrutaba del calor de los primeros haces de luz acariciando sus mejillas, pensó que Calidón era un buen lugar para que Hilo creciera en paz, y Traquis, un refugio seguro para su esposa.

—Nos dirigiremos a Traquis —dijo Hércules repentinamente—. Ceix, su rey, es sobrino de Anfitrión, mi padre mortal, y nos acogerá con los brazos abiertos.



Deyanira intentó consolar a Hércules para poner remedio al vacío de su alma.

—Me da igual el lugar al que vayamos —dijo Deyanira sin dejar de caminar—. Mi único deseo es estar donde tú estés, y ayudarte con mi presencia. Siempre me encontrarás contigo.

Continuaron caminando sin apenas hablar, tratando de acomodar sus pensamientos al acompasado ritmo de sus pasos, que retumbaban en el silencio de la mañana mientras el sol, en su diario recorrido, iba haciendo caer las horas hacia el velado horizonte de la tarde. Hércules parecía completamente ensimismado, como si solo fuera capaz de oír, de sentir, el eco de sus propios pensamientos.

Llegaron al río Eveno cuando el sol comenzaba a esconderse tras la línea del horizonte. El héroe se detuvo un momento, atrapado una vez más por la fascinación que le producía la imagen del sol cayendo al otro lado de la tierra. Respiró hondo, disfrutando de aquel momento de quietud, lejos de ciudades y aldeas, lejos de los hombres, lejos de la estela de su propia grandeza, y se sintió en paz, como si se hubieran despertado en él las olvidadas sensaciones del viaje.

Concentró su mirada en el río, cuyas aguas bajaban deprisa, alimentadas por las lluvias. Miró un instante a Deyanira, con gesto preocupado, y decidió que sería mejor acampar allí aquella noche y buscar, con la luz del nuevo día, un vado adecuado para cruzar. Algo abatido, comprendiendo que la presencia de su esposa lastraba su avance, se volvió hacia ella para comunicarle su decisión.

Entonces, vio una luz extraña palpitando en sus ojos. Se acercó un poco más y, por un momento, creyó que su mujer se había quedado paralizada: su rostro estaba tenso, sus ojos abiertos de par en par, su pecho respiraba repentinamente

agitado y sus manos se habían transformado en puños cerrados que parecían aferrarse a un arma imaginaria.

Hércules intentaba captar con sus propios sentidos la razón de la inquietud de su esposa. Primero no vio nada, no oyó nada, no percibió nada. Contuvo la respiración, procurando no hacer un solo ruido, y entonces vislumbró una extraña silueta acercándose poco a poco.

El héroe dio un paso atrás y con uno de sus brazos invitó a Deyanira a ocultarse detrás de su espalda. Permaneció quieto, intentando transmitirle tranquilidad, pero lo que tenía delante de sus ojos le hizo recordar peligros de otros tiempos.

Los cascos del centauro resonaban sobre las piedras, y su respiración silbaba en medio del silencio de la tarde. Su rostro era picudo, sus ojos, de lobo, sus orejas parecían moverse en todas direcciones. El cuerpo mojado desprendía un olor agridulce que se iba volviendo más fuerte a medida que la criatura se acercaba.

La joven se mantuvo quieta, tensa, con la mirada clavada en los ojos del centauro, de los que nacía una luz apagada, mate, preñada de pequeños destellos. Por unos instantes, Hércules trató de dibujar en su memoria el lugar, el momento en que ya había percibido ese olor.

—Mi nombre es Neso, gran Hércules —dijo repentinamente el centauro, y, como si hubiese adivinado los pensamientos del héroe, añadió—: Yo te recuerdo perfectamente, aunque es posible que tú no a mí. Mis hermanos combatieron contigo hace tiempo, junto a la gruta en que vivía el desdichado Quirón.

Un hilo de luz penetró en la memoria de Hércules y las imágenes del pasado se agolparon en ella. Se esforzó por

recordar, por situar la escena de aquella pelea con los centauros junto a la cueva de Quirón, en el sur, cerca del cabo de las tormentas, pero no fue capaz de reconocer a Neso.

—No te recuerdo, Neso. Quizá no llegamos entonces a enfrentarnos —dijo con un deje de desprecio.

—Tuve que huir para salvar mi vida. Desde aquella noche he deseado que los dioses me concedieran la oportunidad de reparar el mal que entonces te hicieron mis hermanos al desafiarte.

—Y ¿cómo esperas repararlo? —La voz del héroe sonaba tensa y desconfiada ante aquella conversación incómoda que estaba deseando terminar.

Neso percibió la inquietud de su interlocutor, y rápidamente, continuó.

—Hace tiempo que me gano la vida ayudando a la gente a vadear el río. En cierta forma, me he convertido en un barquero —dijo sonriendo, y, tras mirar a la asustada Deyanira, añadió—: Sé muy bien que tú no necesitas mi ayuda, pero quizá ella sí, y creo que los dos me lo agradeceréis finalmente: ella cruzaría el río sin peligro y tú ganarías un precioso tiempo en tu viaje.

Hércules escuchaba al centauro con tensión contenida. No se fiaba de él; percibía en cada una de sus palabras y en la fingida tranquilidad de su rostro una intención oculta, el reflejo de un antiguo resentimiento. Lo miró fijamente, tratando de escudriñar en el interior de sus enrojecidos ojos, y vio que una gota de sudor se deslizaba desde su arrugada y sucia frente.

—No tienes nada que temer de mí —dijo Neso, intuyendo la desconfianza de Hércules. Nadie en su sano juicio

osaría enfrentarse a ti. Si rechazas mi ofrecimiento, me iré sin reprochártelo.

Tras escuchar estas palabras, Deyanira se adelantó un paso y tomó la mano de su esposo.

—Tiene razón —dijo, intentando ocultar su nerviosismo—. El río baja crecido y yo solo sería un estorbo para ti. No me agrada la idea de subirme en el lomo del centauro, pero creo que debemos aceptar la ayuda que nos ofrece.

Una fugaz sonrisa se dibujó en los labios de Neso; sus ojos destellaron, las hirsutas cerdas de su lomo se erizaron levemente y los cascos golpearon el suelo en un movimiento reflejo. Avanzó unos pasos, intentando contener la excitación que dominaba por completo su naturaleza de animal, y se colocó al lado de la mujer, dejando libre a Hércules el acceso hasta la orilla.

—Cruza tú primero.

La voz de Neso temblaba ligeramente, igual que todo su cuerpo. El plan que había dibujado en su mente estaba cumpliéndose paso a paso, y la tensión comenzaba a devorarlo por dentro. Inspiró fuertemente, inflando el contorno de sus ijares, piafó de nuevo y habló con calma, convencido de que la situación le era completamente favorable.

—Esperaré en esta orilla junto a tu esposa hasta que cruces, pero estaré atento mientras vadeas el cauce del río. Si necesitas mi ayuda, acudiré de inmediato.

El día seguía declinando. Hércules miró a Deyanira, que hizo un leve gesto de asentimiento, y decidió adentrarse en el río. Se despojó de la ropa y con el arco y el carcaj cruzados sobre sus hombros, se dirigió hacia la orilla. Antes de entrar en el agua miró hacia atrás: Neso parecía vigilante,

atento a sus movimientos, y Deyanira intentaba liberar su cuerpo y su ánimo de la tensión que los atenazaba.

Las aguas lo abrazaron. Enseguida notó el poder de la corriente, y comenzó a nadar con toda su fuerza para no ser arrastrado río abajo, recordando su combate con Aqueloo. A su alrededor, el cauce bullía y los borbotones de agua parecían cientos de manos agarrando su cuerpo. Contuvo la respiración, intentando acompasarse con en el movimiento del río, y, por unos instantes, solo pensó en ganar la otra orilla. No volvió a mirar atrás.

Al cabo de un rato, sin darse cuenta, tocó el fondo. Se incorporó lentamente, dejando que todo su cuerpo se balanceara al compás de la corriente, y una sensación de tranquilidad se apoderó de él cuando sus pies se clavaron en el lecho, pedregoso como la columna de un puente capaz de doblegar la fuerza de las aguas.

Entonces, antes de dirigirse hacia las dunas de arena que tachonaban la cercana ribera, oyó un grito agudo, un lamento apagado por el estruendo de las rompientes. Miró hacia el otro lado, pero no vio a Deyanira; solo la imagen del centauro, piafando como un caballo enloquecido, se dibujaba entre la bruma de la incipiente noche.

3

LA MALDICIÓN DEL CENTAURO

Neso contemplaba a Hércules nadar con decisión hacia la orilla. En algunos momentos su corazón se aceleraba al ver al héroe sumergirse por completo, como si todo su cuerpo estuviera a merced de la fuerza del río, pero enseguida oteaba su cuerpo, emergiendo por encima de la espuma que cubría como un manto blanco la superficie de las aguas.

Cuando vio que estaba a punto de alcanzar la ribera, Neso se dirigió hacia Deyanira, que miraba hacia el río con el rostro ensombrecido. En un instante, las imágenes se agolparon en la mente del centauro. Recordó la fatídica noche en que había perdido a sus hermanos y el momento en que se prometió a sí mismo que, algún día, aunque tuviera que esperar largo tiempo, aunque le costara la vida, vengaría a cada uno de los centauros muertos a manos del héroe.

Resopló con fuerza hinchando los ijares, levantó la cola y se acercó a Deyanira. Un olor acre emanaba de su cuerpo

mientras los cascos delanteros golpeaban la tierra desprendiendo fragmentos de roca que volaban hacia el río como piedras de una honda. Miraba a la mujer con los ojos desorbitados, teñidos de sangre, sin ser capaz de controlar el deseo, observando su cuerpo, imaginando el placer, saboreando su venganza.

La tomó del brazo y la atrajo violentamente hacia sí mientras sentía las gotas de sudor deslizándose por su cuello: notaba cómo chorreaban hasta el suelo y las veía estallar sobre la arena, como perlas de lluvia nacidas de la oscura nube de su cuerpo. Apretó su mano sobre el brazo de Deyanira; percibió cómo cedía su carne bajo la presión de los dedos y oyó su velado quejido, mezcla de dolor y de sorpresa. La empujó hacia el suelo y la vio caer con la ropa desordenada, aterrorizada, con una expresión de súplica en sus sobrecogidos ojos.

—No te muevas —dijo secamente.

Entonces, sin apenas poder controlar su excitación, comenzó a piafar de nuevo, los cascos golpeaban el suelo, el sudor llenaba de chorros blancos los ijares y las ingles; el rostro, apenas lo único que no parecía propio de un animal, se levantaba hacia el cielo mientras exhalaba un grito sordo, una suerte de canto de victoria: la esposa de Hércules estaba a sus pies, y el héroe, el gran hijo de Zeus, el vencedor de los vencedores, el matador de sus hermanos, se encontraba al otro lado del río, solo, impotente, incapaz de hacer otra cosa que imaginar lo que estaba sucediendo.

El grito de Deyanira traspasó las orillas del río, sobreponiéndose al estruendo de la corriente.

—¡Hércules! —clamaba con todas sus fuerzas—. ¡Hércules, ayúdame!

El centauro dejó de piafar y se acercó despacio a la mujer, indefensa, recostada sobre el suelo.

—Tu esposo no puede ayudarte —le dijo con tono suave, casi con calma—. Nadie puede ayudarte, Deyanira.

Entonces clavó sus rodillas en la tierra; acercó su rostro perlado de sudor a las mejillas de Deyanira, que intentó apartarse con las lágrimas fluyendo de sus ojos. Neso comenzó a respirar agitadamente mientras desgarraba la ropa de la mujer dejando al descubierto su piel. Se incorporó un momento para contemplar la belleza de aquel cuerpo trémulo, indefenso, hermoso. Recorrió con sus ojos lascivos el rostro, los pechos, el vientre y los muslos de Deyanira, y de su garganta comenzó a brotar un sonido extraño, una suerte de borboteo, como si el espíritu del río se hubiera adueñado de su alma.

Repentinamente, exhaló un grito ronco, apagado. Tomó por los hombros a la mujer y, levantándola del suelo con violencia, la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos. Notó su temblor, sus suspiros apagados, el miedo, el desamparo; percibió una mueca de asco en el hermoso rostro y sintió una oleada de placer, de incontrolable deseo. Giró con violencia el cuerpo de Deyanira, se inclinó hacia atrás levemente, contemplando sus cabellos cubriendo la blanca espalda, deslizándose en ondas, igual que olas besando una costa tranquila y recóndita.

El deseo lo atrapó por completo. Rugió, clavó sus cascos en la tierra, apretó sus manos sobre la carne trémula y lanzó un grito feroz que inundó con su áspera estela cada ladera de las montañas, cada rincón de los valles. En ese momento, su cuerpo se puso vertical, apoyado sobre los cascos traseros, y sus cuatro extremidades delanteras, sus dos manos humanas

y sus dos cascos de caballo, se agitaron sobre el aire, como un semental que levanta su cuerpo inmediatamente antes de cubrir a la yegua.

Incapaz de contener su excitación por tener a la esposa de Hércules a su merced, Neso eyaculó, llenando el suelo de pequeños charcos de semen. Entonces, en medio de su irrefrenable arrebato, creyó oír un agudo y tenue silbido. Notó que todo parecía aquietarse. Un silencio profundo se adueñó de la tierra y hasta el cauce del río pareció enmudecer de repente. El silbido se fue haciendo más cercano, más seco, y su tono agudo, casi apagado, fue dando paso a otro más vivaz, más afilado.

El centauro acertó a volver su cabeza, presintiendo que un peligro lo acechaba, pero no vio nada, no oyó nada. Solo notó un pinchazo, un dolor penetrante, una punzada en su pecho. Sus ojos se nublaron, sus miembros desfallecieron, y un sonido sordo lo envolvió cuando todo su cuerpo se derrumbó sobre el suelo.

∞

Desde el otro lado del río, Hércules veía la imagen del centauro: un caballo en celo, batiendo la tierra con fuerza incontenible. Oía el estruendo de los cascos, como troncos de fresno golpeando un enorme pandero. Parecía girar alrededor de algo caído en el suelo, igual que un soldado gira en torno al cuerpo de su enemigo abatido, regodeándose en su victoria, experimentando el agudo placer de contemplar al vencido yaciendo sobre la tierra.

Hércules recorrió con sus ojos todo el contorno de la orilla opuesta, pero no vio a Deyanira. Un fogonazo iluminó entonces su mente: Neso había tramado su venganza y ahora, por fin, se disponía a llevarla a cabo no contra él, sino contra su indefensa esposa. Una llamarada inundó las entrañas del héroe; gritó como un animal herido, como un león a punto de despedazar a un rival, y corrió hacia una de las dunas de la orilla.

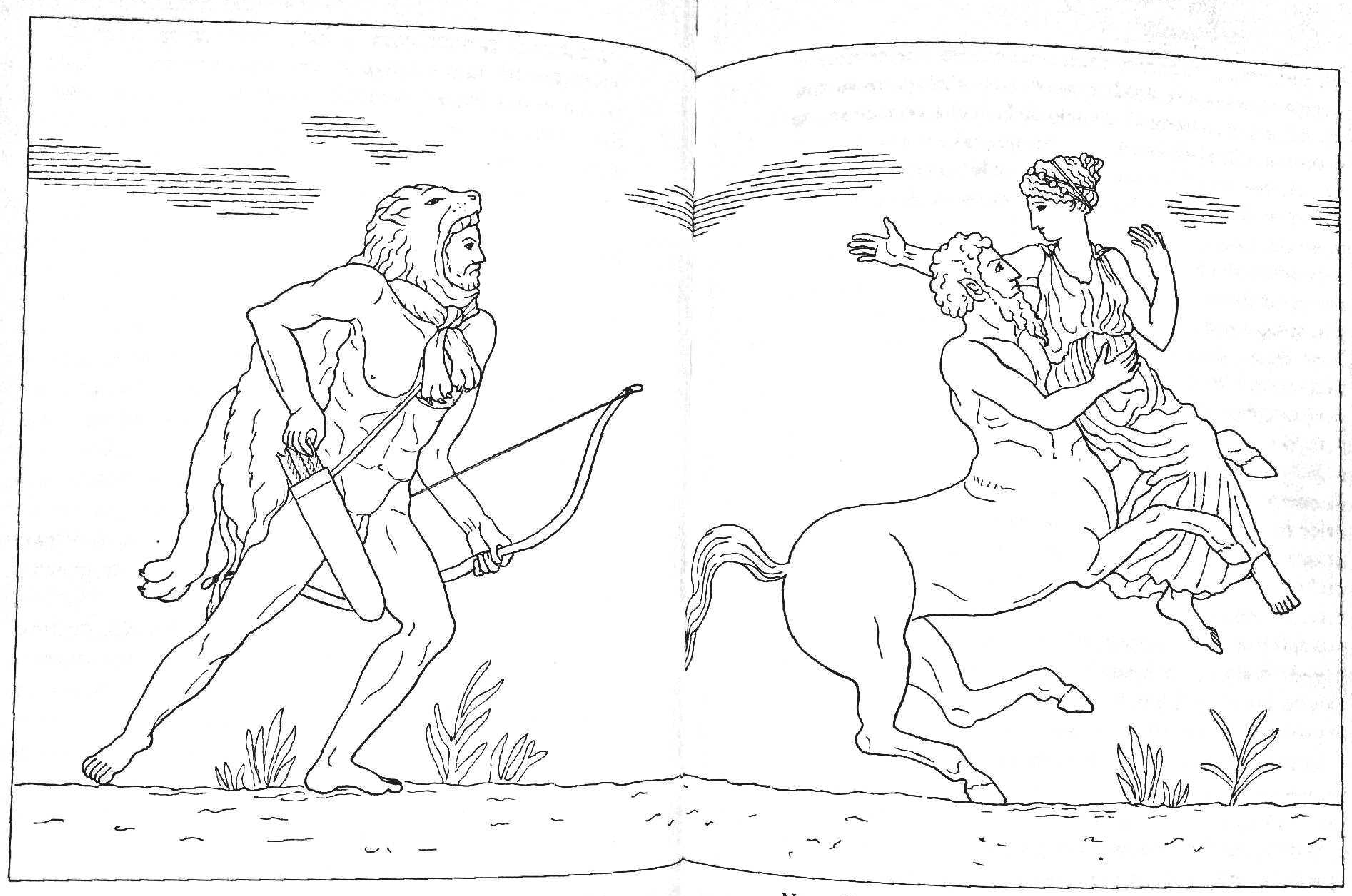
Trepó, clavó sus pies en el arenoso suelo y, desde la pequeña altura, vio a Deyanira sobre el suelo, con la ropa arrancada, desvalida, perdida, resignada. El centauro, apoyándose en sus cuartos traseros, ejecutaba una especie de danza de victoria.

Enfurecido, avergonzado por haber sido tan estúpido, Hércules se sintió completamente vulnerable, imaginando que su figura, sus hazañas quedarían empalidecidas, casi olvidadas ante la vergüenza de haber permitido que un centauro deshonrara a su esposa delante de sus ojos.

Pasó una de sus manos sobre la frente, tratando de enjugar las gotas que la empapaban, sintiendo los latidos que batían sus sienes como golpes de ariete. La figura del centauro se recortaba, vertical, sobre la orilla, manoteando al aire, gritando, saboreando aquel efímero momento de gloria.

Hércules lo veía con claridad, con precisión. Cogió una de sus flechas, la colocó despacio sobre la cuerda de su arco, y apuntó con calma. Un silencio completo lo rodeó y el tiempo se detuvo: Neso parecía una estatua, rígida, quieta, una figura estática, un blanco fácil. A su alrededor, Hércules solo oía los latidos de su enardecido corazón, el quejido suave y seco de la madera al tensarse, el agudo chasquido de la cuerda en el momento del disparo.

La flecha partió recta, deslizándose con suavidad sobre el aire, como un halcón que, plegadas sus alas, convertido en



Neso se disponía a llevar a cabo su venganza deshonrando a la esposa de Hércules.

un proyectil, se deja caer en un vertiginoso vuelo sobre el cuerpo de su desprevenida víctima. Hércules apartó su rostro del arco y contempló el vuelo de la flecha, concentrando todos sus sentidos en ella, viendo que, alrededor del astil, el mundo aparecía borroso, difuminado, como si todo el paisaje se desvaneciera para concentrarse en el cuerpo del proyectil.

El centauro cayó al suelo, con el pecho atravesado. El héroe gritó como una fiera victoriosa y se lanzó de nuevo al río, cuyas aguas parecieron confortarlo: la tensión desapareció de su cuerpo, el calor se desvaneció, y una sensación de bienestar lo invadió por completo mientras nadaba con decisión, abrazado por la corriente.

◇◇

El cuerpo del centauro resonó al chocar sobre la tierra. Un calor insoportable, penetrante, se extendía desde el pecho a todo su cuerpo; sus manos parecían de piedra; sus brazos, de bronce. Con la vida ya escapándose, hizo el esfuerzo de incorporar su cabeza y fijar su atención en Deyanira que, aturdida y asustada todavía, se había levantado ya del suelo.

—Acércate, mujer —susurró. Todo a su alrededor se desvanecía poco a poco; una niebla repentina, húmeda, gris, se pegaba a sus ojos.

La joven trataba de cubrir su cuerpo con la ropa; miró al centauro, herido de muerte, y vio a Hércules cruzando de nuevo el río.

—Acércate Deyanira —dijo de nuevo Neso, y, con los ojos convertidos en dos finas grietas dibujadas debajo de su frente, añadió:

—Deja que te haga un último presente; déjame remediar la violencia a la que te he sometido. Te juro que no te arrepentirás.

Haciendo un supremo esfuerzo, asiéndose al hilo de vida que le quedaba, Neso comenzó a mojar un trozo de tela del vestido de Deyanira en una de las manchas de su propio semen, esparcido por la tierra. Lo mojó despacio, dejando que el viscoso líquido impregnara por completo la tela que, inmediatamente, se fue humedeciendo. Entonces, cuando creyó que aquel trapo estaba suficientemente empapado, lo acercó al lugar del que manaba la sangre de su herida.

Deyanira contemplaba la extraña escena con una mezcla de repulsión y curiosidad. Neso se esforzaba en impregnar el trozo de tela. Ella, sin saber qué hacer, miró hacia el río y, viendo que Hércules estaba ya a punto de ganar la orilla, se acercó al centauro y se arrodilló, en guardia, junto a él.

—Voy a morir.

La voz de Neso era apenas audible, un susurro apagado, tragado por el silbido de su propia respiración. A duras penas extendió el brazo, ofreciendo a Deyanira el repugnante harapo empapado con su semen y su sangre. La voz de Hércules se oía ya muy cerca.

—No tenemos tiempo ya, mujer.

Deyanira tuvo que acercarse mucho para entender lo que Neso trataba de decir, y un olor desagradable inundó su olfato.

—Con el tiempo —prosiguió el centauro—, tu esposo te será infiel. Cuando llegue ese día, impregna cualquiera de sus prendas de vestir con este trozo de tela; embadurna bien el tejido con mi semen y mi sangre, y Hércules volverá a amarte.

Deyanira se retiró, asqueada, al borde del vómito.

—Es un filtro de amor muy poderoso, mujer. Te aconsejo que no lo desprecies.

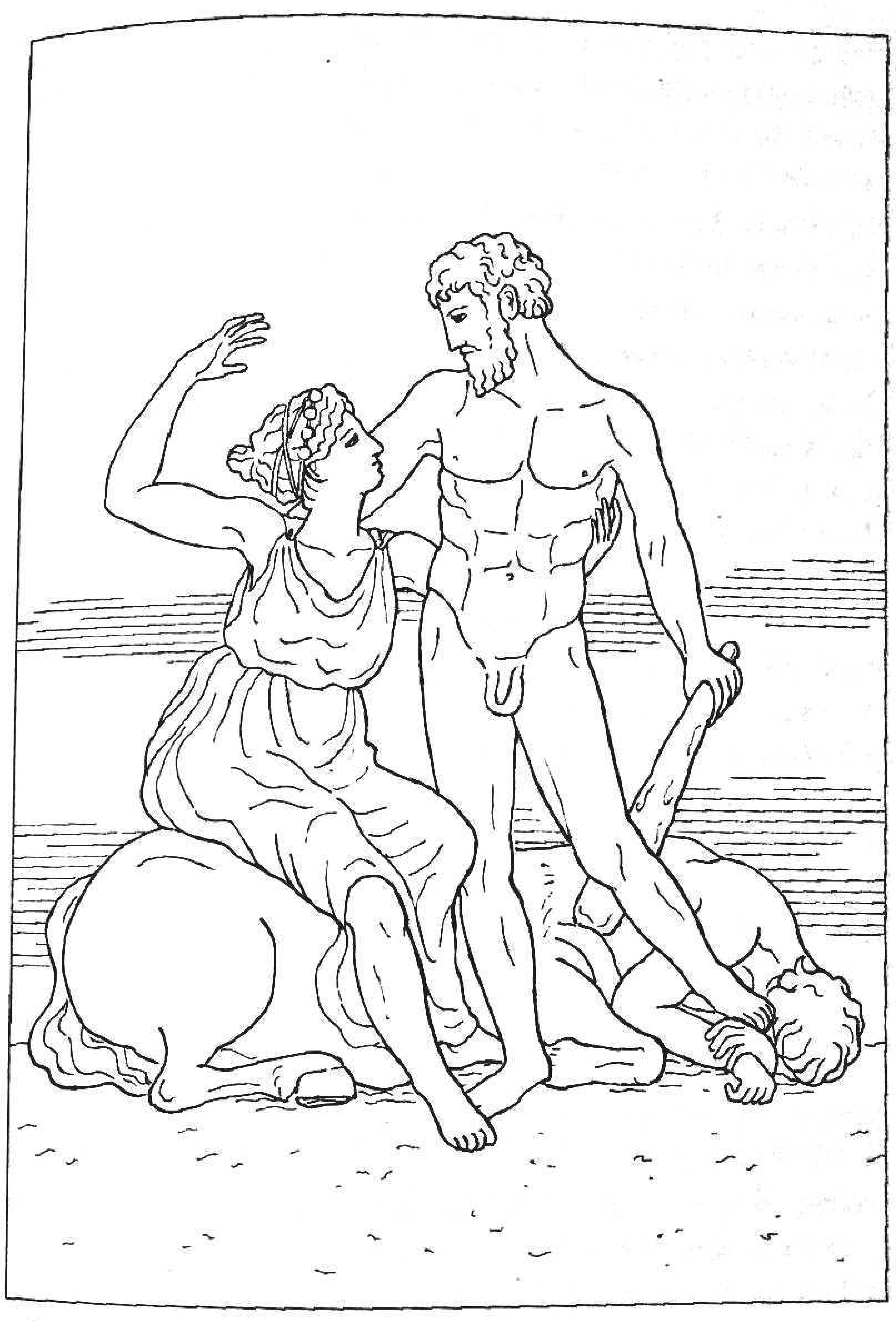
La voz del centauro se apagaba, y sus ojos comenzaban a teñirse con el helado manto de la muerte. Sus manos, incapaces de sentir ya el más mínimo tacto, dejaron caer al suelo el húmedo guiñapo.

—No rechaces mi regalo —dijo Neso, con el que era ya su último aliento. —No desprecies el presente de un moribundo.

Entonces, el centauro exhaló un suspiro profundo y, con él, se escaparon de su cuerpo los últimos hilos de vida. Deyanira lo contempló un momento y, sin poder evitarlo, empujada por una fuerza muchas veces superior a ella, cogió del suelo el filtro amoroso, empapado por los humores de aquella criatura.

Cuando Hércules llegó a su lado, Deyanira lo miró con una sonrisa de agradecimiento dibujada en su hermoso rostro. Se abrazó temblando a él, dejándose envolver por sus brazos e, inmediatamente, su cuerpo se llenó de calor y de tranquilidad y seguridad su espíritu.

Cuando sus miradas se encontraron, Hércules notó en los ojos de su esposa una claridad que no había sido capaz de percibir hasta ese mismo instante, como si lo ocurrido hubiera provocado en ella una certeza desconocida, un sentimiento de seguridad que se proyectaba mucho más allá del presente. Miró a su alrededor y vio a Neso muerto, desmadejado, vencido, como sus hermanos, para siempre, y, antes de tomar en brazos a su esposa para vadear de nuevo el río, notó un olor extraño, agridulce, como si a la piel de



Hércules percibió en la mirada de su esposa Deyanira una certeza desconocida.

Deyanira se hubiera adherido un vaho, una exhalación nacida del hirsuto cuerpo de la bestia.

◇◇◇

La noticia de que el gran Hércules se dirigía hacia la ciudad se había extendido rápidamente y mucha gente se había concentrado en el último tramo del camino. Todos deseaban ver al héroe y se sentían honrados al saber que Traquis habría de ser su nuevo lugar de residencia. Desde las murallas, los vigías estaban atentos a cualquier señal y, en el camino, las torres de guardia tenían los haces de leña apilados, preparados para ser encendidos en cualquier momento.

Avistaron la ciudad cuando la tarde comenzaba a caer. Inmediatamente, los fuegos que anunciaban la llegada de Hércules y su esposa comenzaron a arder encima de las torres del camino, enviando su señal a través de todo el territorio gobernado por Ceix, el rey de Traquis. Cuando los dos extranjeros afrontaron el último tramo de su viaje, la gente congregada en las cunetas se fue haciendo a un lado, en silencio. No hubo vítores de bienvenida, solo gestos de respeto y de admiración ante el aspecto impresionante del héroe.

Enmudecidos ante la grandeza de Hércules, impresionados por la piel de león que cubría su cuerpo, el arco colgado de su espalda y la terrible maza, con la que golpeaba el suelo al avanzar, los habitantes de aquella tierra formaron un coro silencioso de bienvenida que, a espaldas del héroe y su esposa, avanzó despacio, con el ánimo sobrecogido y una extraña mezcla de sensaciones latiendo en sus pechos.

Deyanira avanzaba al lado de Hércules, estremecida todavía. Intentaba dejar atrás las imágenes de lo sucedido junto

a las orillas del Eveno y concentrarse en las últimas palabras de la bestia y en su extraño regalo, el filtro de amor que escondía ahora en su regazo y que guardaría como un tesoro para el futuro. De vez en cuando, notaba que, de la tela empapada con los humores del centauro, nacía un olor extraño, parecido al de la fruta fermentada, que inundaba los bordes del camino y, con un halo pegajoso, envolvía todo su cuerpo, como el cerco que algunas noches rodea el luminoso cuerpo de la luna.

A las puertas de la ciudad esperaba el rey Ceix. Cuando ambos estuvieron frente a frente se abrazaron con afecto, como dos viejos amigos que desean sentarse junto al hogar y hablar toda la noche al calor del fuego y el vino. Por primera vez, los ciudadanos de Traquis se atrevieron a romper el silencio y, al ver a Hércules abrazando a su rey, prorrumpieron en gritos de alegría, pronunciando sus nombres.

Ceix hizo un gesto con el brazo y el silencio, de nuevo, lo envolvió todo. Entonces, poniendo sus manos sobre los hombros del héroe, se dirigió a él con amables palabras:

—Sé bienvenido a Traquis, Hércules. Delante de todo mi pueblo, a quien tomo como testigo, te concedo asilo después de la desdicha que ha provocado tu partida de Calidón.

El silencio se hizo más espeso, pues toda la ciudad conocía las desgraciadas circunstancias de la muerte de Éunomo. Mas el rey retomó inmediatamente su discurso.

—Entra en mi casa. Celebremos la ceremonia de tu purificación para que puedas descansar tranquilo.

El héroe asintió y, en compañía de su esposa, penetró en el recinto amurallado, en cuyo centro, sobre una pequeña colina, se alzaba el palacio del monarca. Caminaba en silen-

cio, ensimismado, sabiendo que Traquis no habría de ser una nueva Calidón, otro lugar en el que intentar adaptarse a una vida tranquila y sedentaria. La ciudad sería el hogar de Deyanira y de Hilo, su hijo, a quien haría llamar de inmediato. Ambos tendrían allí un asilo seguro mientras él, de nuevo, partiría en busca del lugar al que ningún otro héroe había llegado todavía.

Un lugar más allá de la línea del horizonte.

◇◇◇

A los pocos días, un mensajero llegó al palacio de Ceix. Delante del rey, de todos sus consejeros y del propio Hércules, el enviado narró que Éurito, monarca de la ciudad tesalia de Ecalia, se proponía organizar en los próximos días un concurso de tiro con arco. El vencedor habría de recibir como premio a su hija Yole.

Aquel mensaje no impresionó a ningún miembro del séquito de Ceix, pues estaban acostumbrados a que, periódicamente, Éurito ofreciera la mano de su hija al arquero capaz de derrotarlo en un concurso de tiro.

Mas, en medio del silencio provocado por las palabras del mensajero, Ceix recordó que Éurito, cuya fama en el manejo del arco y las flechas se había extendido por toda Grecia, había sido maestro de Hércules en los días en que este vivía junto a Anfitrión y Alcmena en la ciudad de Tebas. Miró al héroe y, con preocupación, vio reflejada en su rostro el ansia por desafiar a su antiguo maestro.

En efecto, las palabras del mensajero habían traído a la mente de Hércules imágenes de su juventud, cuando, en medio de la llanura tebana, se ejercitaba en el arte de las armas

siguiendo las órdenes de su maestro, Éurito. Arrugó la frente y apretó los labios al evocar el miedo que aquel hombre había provocado en su hermano Ificles, y el alivio que ambos sintieron el día que abandonó Tebas.

Se dejó llevar por aquellos recuerdos mientras, en su interior, se iba despertando el ansia de partir inmediatamente hacia Ecalia. No solo deseaba vencer y humillar a Éurito ante todos sus ciudadanos; deseaba el premio, el trofeo. De repente, su vida parecía de nuevo dar un vuelco, y los acontecimientos lo empujaban hacia una aventura que, esta vez, se disponía a afrontar siguiendo su propio deseo, su propia voluntad, sin verse sometido a las órdenes de ningún rey. De nuevo el viaje, de nuevo la lucha, de nuevo el enigma esperándolo más allá del horizonte.

Partió de madrugada solo, a pie, sin escolta alguna. Deyanira quedó atrás, en la morada de Ceix, esperando el consuelo de la pronta llegada de Hilo procedente de Calidón y soportando los celos por Yole, una mujer a la que no conocía. Cuando la silueta de Hércules se perdió, tragada por los bosques que rodeaban la ciudad, se dirigió al lugar en que guardaba su más preciado secreto: el filtro de amor.

Corroída por los celos, se encerró en su habitación y ordenó a las esclavas que la dejaran sola. Entonces se acercó al mueble en el que guardaba sus objetos personales y sacó una pequeña caja de madera en cuyo interior se agolpaban sus joyas más valiosas. Era una caja sin adornos, tallada casi toscamente por su hermano Meleagro antes de morir. La abrió despacio, accionando un mecanismo secreto que dividía el pequeño cofre de madera en dos partes iguales, unidas por un remache de bronce clavado en uno de sus ángulos.

En la mitad inferior, primorosamente doblada, yacía la tela humedecida por los humores de Neso. No había cambiado de color, pero su olor se había dulcificado. Al sacarlo al exterior, del filtro amoroso emanó un perfume delicado, suave, parecido al de algunas flores de la noche, y Deyanira no pudo evitar acercarlo a su rostro y olerlo pausadamente, aspirar su aroma y desear que, a pesar de sus celos, no tuviera que usarlo nunca.

Volvió a guardarlo en la cajita y giró las dos mitades, haciendo que ambas partes coincidieran de nuevo; se sentó en una de las sillas y cerró los ojos, tratando de imaginar el rostro de Yole, su joven cuerpo, y, antes de quedarse adormilada, pidió a los dioses que su marido no cayese en las redes de ninguna otra mujer.

Mas Hércules, ajeno a las tribulaciones de su esposa, marchaba hacia el norte, rumbo a Ecalia, con el corazón henchido y el ánimo rebosante de energía. Mientras caminaba, un águila sobrevolaba con frecuencia el camino, marcando su rumbo, anunciándole que su padre, Zeus, velaba por él desde las alturas celestes.

Cada noche, cuando el cansancio rendía sus miembros y el sueño lo vencía, Hércules recordaba a Éurito, su mirada permanentemente esquiva, su rostro picado por alguna enfermedad de juventud, y un ciego afán de derrotarlo, de mostrarle hasta qué punto lo había superado, lo dominaba por completo. Entonces su ánimo se tranquilizaba recordando a Téutaro, el esclavo escita que, realmente, le enseñó todos los secretos del arco.

En medio de la noche, arropado por las ramas de los árboles y el dulce y cálido aliento del fuego, Hércules soñaba

con aquel esclavo salvaje en quien había hallado no solo a su mejor maestro, sino a su primer amigo. Aparecían imágenes familiares de sus conversaciones nocturnas y sus andanzas de caza; afloraba el triste momento de su despedida y la solemne tranquilidad con la que Téutaro le había entregado, inclinado delante de él, su arco escita, el arma extraordinaria que todavía lo acompañaba.

Pero, algunas noches, en medio de aquellas gratas evocaciones que convertían los sueños de Hércules en cálidos y deliciosos viajes al territorio de su juventud, aparecía una secuencia inquietante y, algunas veces, aterradora, en la que un hombre enorme, con el cuerpo lacerado por heridas sangrantes, infestadas de humores pestilentes, recostado sobre un montón de leña seca, imploraba piedad y suplicaba que alguien prendiera fuego a la pira. Pero no había respuesta.

Entonces, sobrecogido por aquel terrible sueño, Hércules se despertaba sobresaltado por sus propios gritos, empapado en sudor y con aquella imagen clavada en sus ojos. Durante unos instantes, mientras las sensaciones de la pesadilla iban desapareciendo tragadas por la conciencia de la realidad, era capaz de experimentar un sentimiento que formaba parte de la vida diaria de la mayoría de los hombres: el miedo.

4

La persistente locura

En la sala del palacio de Ecalia, el pétreo sitial del rey Éurito sobresalía ligeramente por encima de los demás asientos. Como era su costumbre, el monarca había convocado a todos los participantes en el concurso por la mano de su hija, la joven Yole, que habría de celebrarse durante la mañana del día siguiente.

Sin embargo, esta vez, la presencia de Hércules, más que la habilidad del propio Éurito, había disuadido a los más famosos arqueros de toda Grecia. Muchos habían atravesado la lengua de mar que separaba la isla de Eubea del continente con la única intención de presenciar un enfrentamiento que prometía ser memorable: Hércules, el héroe hijo de Zeus, contra su antiguo maestro, Éurito, el rey de Ecalia, del que se decía que llevaba años esperando vengarse.

Aunque parecía que la oportunidad del desquite se presentaba por fin, el rey estaba preocupado. Todos conocían el

carácter de Hércules, su incapacidad para aceptar la derrota y los excesos a los que se entregaba después de sus victorias; todos recordaban los días aciagos en que, dejándose llevar por su carácter colérico, había matado de un golpe a su maestro Lino; todos habían oído hablar de las atrocidades cometidas por el héroe tras la victoria sobre la ciudad de Orcómeno, y del ataque de locura que lo había llevado al asesinato de sus propios hijos.

Aquella tarde, en el salón del palacio de Éurito, nadie parecía recordar, empero, la multitud de acciones en las que el héroe se había convertido en un auténtico benefactor, liberando a hombres y ciudades, haciendo desaparecer monstruos sanguinarios o acabando para siempre con plagas nocivas; al contrario, todos se comportaban como si su presencia llenara de sombras y malos presagios a la ciudad de Ecalia.

Cuando Hércules entró en la sala del trono, el silencio era espeso; la calma, tensa. Apareció solo, sin otros acompañantes que sus armas; cruzado sobre su espalda, el arco escita, regalo de Téutaro, se balanceaba al ritmo de sus pasos; la piel del león de Nemea cubría su cuerpo.

Rodeado por sus hijos, Éurito lo vio avanzar hacia él con paso decidido, y en su ánimo se reavivaron las sombras de viejos y casi olvidados fantasmas. De repente, igual que una gota de vino en un vaso de agua, toda su determinación se desvaneció.

El hijo de Zeus detuvo sus pasos delante del rey y, antes de que nadie pronunciara una sola palabra, se inclinó levemente, mostrando su respeto. Éurito se levantó de su sitial viendo que el rostro y el torso del visitante se inclinaban hacia delante, haciendo que la cabeza del terrible león pareciera

mirarlo de frente: sus ojos fríos, sus colmillos amarillentos, su pelaje hirsuto... Todo parecía sacado del relato de un aedo.

Hércules levantó su rostro y miró fijamente a Éurito, que parecía completamente paralizado.

—Te saludo, rey —dijo despacio—. He venido a participar en el certamen de tiro y a ganar el premio que tus heraldos han anunciado por todos los caminos de Grecia.

Éurito respiró hondo y tomó el aire que parecía faltarle en sus pulmones; intentó controlar su nerviosismo antes de pronunciar una sola palabra. A su lado, sus hijos tensaron levemente los músculos, despegaron sus espaldas de los respaldos de sus sillas y esperaron, en guardia, a que su padre comenzara a hablar.

—Bienvenido a mi casa, Hércules. Veo que el paso del tiempo no ha moderado la arrogancia de tu juventud.

El rey se fue tranquilizando a medida que las palabras comenzaban a fluir de su boca. Levantó ligeramente el mentón y miró a su alrededor despacio, intentando que todos los presentes percibieran su autoridad.

—Yo te enseñé a manejar el arco, Alcides—. Hizo una pequeña pausa y, con un tono cada vez más firme, prosiguió—, ¿acaso Hércules ha olvidado ya lo que aprendió cuando todavía conservaba su verdadero nombre?

«Alcides». Volver a escuchar aquel nombre ya olvidado desconcertó momentáneamente al héroe. Sin darse cuenta, sus recuerdos se agolparon y un hilo de tristeza se dibujó en su rostro al evocar las desdichas del pasado.

—No lo he olvidado —afirmó con calma—. Espero que tú tampoco hayas olvidado el día en que, persuadido de que ya no tenías nada que enseñarme, te invité a salir de Tebas.

Éurito volvió a vacilar, golpeado por las palabras de su antiguo discípulo. Intentó encontrar la respuesta adecuada, pero su mente había perdido la agilidad de otras ocasiones. Al fin, cuando el silencio se hacía ya casi insoportable, decidió dar por terminada la conversación con palabras conciliadoras, reservando todas sus energías para el inevitable momento del concurso.

—Has venido a mi reino para intentar ganar un certamen, no malgastemos nuestra energía con viejas historias —dijo fríamente.

—Tienes razón —contestó Hércules—, mañana las flechas hablarán con más claridad que nuestras palabras.

Éurito se retiró. Sus hijos lo siguieron inmediatamente detrás. En sus mentes bullían las palabras de Hércules, y sus corazones latían con el eco de un mal presagio.

◇◇◇

El día amaneció completamente despejado. Gentes venidas de todos los lugares de Eubea se habían concentrado durante la noche en puntos estratégicos desde los que esperaban ver con claridad el desarrollo de un concurso cuyo resultado prometía ser muy diferente al de los anteriores, en los que Éurito había vencido con gran facilidad a todos sus contrincantes. Mas esta vez, en el lugar destinado a los participantes no había más competidor que el propio héroe, que templaba su arco con tranquilidad y confianza.

Éurito apareció temprano, rodeado de sus cuatro hijos varones. La luz de la mañana parecía envolverlos con su húmeda claridad mientras se aproximaban al lugar en que Hércules los esperaba. Éurito miró nervioso hacia el campo de tiro,

pero solo vio a una multitud de espectadores congregada alrededor, ansiosa por ver el desenlace de un concurso que parecía destinado a dos únicos contendientes.

Se acercó despacio, observando el campo, a los jueces dispuestos, tratando de aparentar calma y seguridad en sí mismo. No había podido descansar durante la noche, asediado por agrias pesadillas que habían dejado en su mente imágenes dispersas, sensaciones amargas: muros destruidos, casas incendiadas y una pira funeraria en la que se consumía el cadáver de un hombre joven. Casi amaneciendo, cuando, por fin, pudo liberarse del cerco de aquellos sueños amargos, Éurito paseó ensimismado sobre las murallas de Ecalia, intentando trazar un plan y establecer una estrategia para protegerse a sí mismo y a toda su familia.

Al llegar junto a Hércules, su mente estaba despejada y su corazón latía tranquilo. Con sus cuatro hijos varones cubriendo sus espaldas, Éurito se dirigió al héroe:

—Parece que no habrá más competidores que nosotros dos —dijo con una sonrisa dibujada en los labios.

Sin dejar de templar su arco, sin mirarlo a los ojos, Hércules contestó:

—El resultado será el mismo, rey Éurito, tanto si mido mi habilidad solo contigo o con todos los arqueros de Grecia. Hoy me iré de Ecalia con tu hija como botín y con el gozo de haberte demostrado lo poco que te debo. —Apartó los ojos del arco, aflojó la tensión de sus brazos y, mirando con desprecio a su oponente, añadió:

—Maestro.

Éurito no se alteró. Se despojó del manto que cubría sus hombros y tomó el arco de las manos de su hijo Ífito. Tensó

la cuerda, oyó el leve crujido del cuerpo de madera y respiró despacio, tratando de serenar por completo su ánimo. Puso una flecha sobre la cuerda y encaró la punta hacia algún lugar del cielo: su pulso era firme, sus manos no tenían el más mínimo temblor, el blanco permanecía claro, quieto, diáfano delante de sus ojos. Entonces, decidió que había llegado el momento de comenzar el certamen.

—Debo explicarte las reglas —dijo Éurito.

Hércules asintió y dejó el arco sobre el suelo. Se despojó despacio de la piel de león que cubría su cuerpo y notó la brisa de la mañana acariciando su cuerpo. Un sentimiento de euforia se apoderó de su ánimo al ver que, sobre su cabeza, un águila blanca volaba en círculos, ascendiendo majestuosamente hacia el corazón del cielo.

—No hace falta, Éurito —respondió—. Acepto tus reglas de antemano.

Éurito miró con dureza a Hércules, convencido de que había llegado el momento de la verdad. De nuevo rememoró los días en que había sido su maestro, y tuvo la sensación de que había pasado tanto tiempo que ya no era capaz de recordar ni un solo rasgo de aquel muchacho arrogante que se había atrevido a expulsarlo de Tebas. Intentó desechar aquellos malos pensamientos y se concentró en el presente.

—Desde distintos lugares mis servidores soltarán palomas. Dispararemos nuestros arcos mientras las aves cruzan el campo, intentando alcanzarlas con nuestras flechas; al final contaremos cuántas presas hemos cobrado cada uno.

Hércules asentía mecánicamente, casi con desgana, deseando que el certamen comenzara, pero Éurito no había acabado todavía.

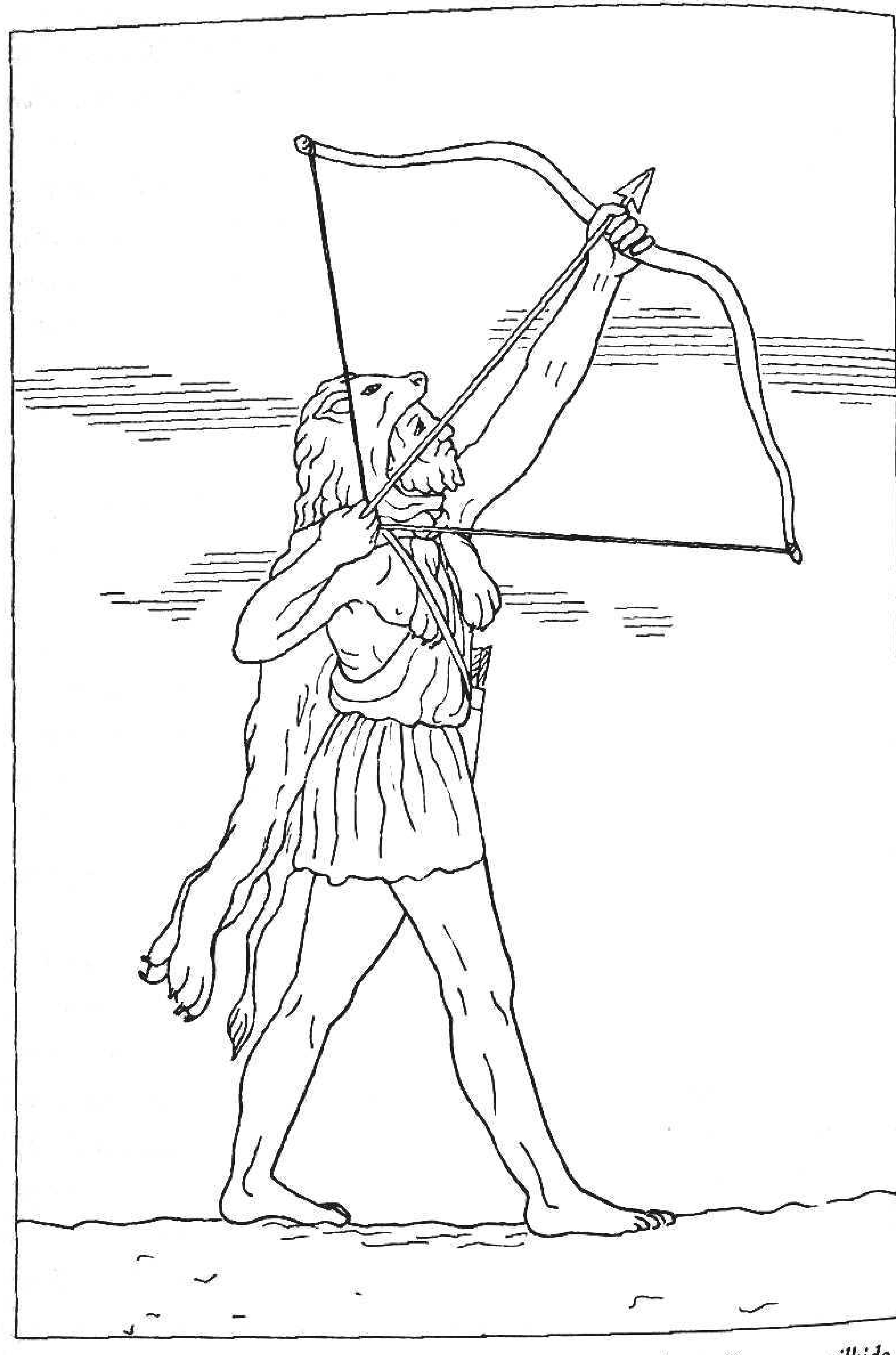
—Si ganas —prosiguió—, ya sabes cuál es tu premio. Si gano yo, abandonarás para siempre mi reino y me entregarás tu arco y tu maza como trofeos por mi victoria.

Hércules asintió sin decir una sola palabra. Ambos tomaron sus arcos de nuevo y se dispusieron a comenzar el concurso. Alrededor del campo, los numerosos espectadores esperaban en silencio; el ligero viento cesó repentinamente y una quietud extraña se adueñó del cielo; las aves se posaron sobre árboles y aleros, las nubes detuvieron su viaje, concentrándose en las cimas de los montes, y el cercano mar pareció tragarse la fresca brisa que cada mañana nacía de sus aguas.

En medio de aquella calma, las flechas comenzaron a volar, llenando el valle de Ecalia con su agudo silbido. Palomas liberadas de sus jaulas partían en veloz vuelo en todas direcciones, pero, repentinamente, caían como piedras y sus cuerpos, atravesados por las saetas, rebotaban sobre el suelo con un ruido seco que, en combinación con el silbido de las flechas, componía una insólita música cuyas notas surgían del cielo y la tierra.

Poco tiempo después, las aves dejaron de surcar el cielo. Desde varios lugares, algunos sirvientes comenzaron a recoger los cuerpos de las presas abatidas y, después de meterlos en cestos, los llevaron hasta el lugar en que se encontraban los dos contendientes. La gente corrió, arremolinándose en torno a los criados que, poco a poco, fueron depositando delante de su rey los cestos repletos.

El corazón de Éurito latía desbocado, sus manos temblaban ligeramente, pero su rostro desbordaba seguridad. Estaba convencido de que cada una de sus flechas había conseguido



Las flechas de Hércules comenzaron a volar llenando el valle de Ecalia con su silbido.

su objetivo y sentía que aquel día, por fin, los dioses le habían concedido una victoria definitiva. Sin darse cuenta, su imaginación comenzó a vagar, recreándose en su triunfo, en su leyenda de arquero invencible, saboreando un deseo largo tiempo esperado y, por fin, satisfecho para siempre: aquel día, frente a la ciudad de Ecalia, comenzaba el crepúsculo de la leyenda de Hércules.

Embriagado por sus propias divagaciones, Éurito percibía la escena que se desarrollaba frente a él como si no formara parte de ella; veía a los servidores colocar las aves abatidas en un montón; algunas aún aleteaban y de sus picos surgía un gorjeo agudo, sibilante, que componía un canto ronco y destemplado, pálido remedo del que, en su corta vida, adornaba sus vuelos.

Asombrados, los dos contrincantes vieron cómo los esclavos desplegaban aquel enjambre de trofeos, todos atravesados por dos flechas, y ambos comprobaron que habían disparado, sin errar, a los mismos blancos. Mas, en ese instante, cuando parecía que el concurso se resolvería con un empate, uno de los sirvientes se acercó con un cesto lleno todavía. Un hilo de inquietud perturbó momentáneamente el ánimo de Éurito, y sus ojos se oscurecieron, como si espesas nubes proyectaran sombras sobre sobre su recién nacida confianza. Miró al héroe: su rostro permanecía inexpresivo, pero en sus labios se dibujaba, como en las imágenes de algunos de los dioses, una sonrisa despreocupada.

El sirviente depositó el canasto en el suelo. Entonces, la voz de Hércules resonó como el trueno de una tormenta que se desata repentinamente.

—Vacía ese cesto de una vez.

Sobre el suelo, las palomas cayeron como piezas de fruta arrancadas por el viento. Sus pequeños cuerpos, palpitantes, convulsos, estaban ensartados solamente por las flechas del hijo de Zeus.

—Te he vencido, rey Éurito —exclamó Hércules, mirando a su adversario—. Ahora cumple tu palabra y entrégame el trofeo que he ganado al derrotarte.

Los hijos del rey dieron un paso adelante y se colocaron al lado de su padre. Uno de ellos, conocido como Toxeo, el arquero, tomó la palabra mientras la guardia real rodeaba todo el contorno.

—Hoy no te llevarás ningún trofeo de Ecalia, Hércules.

El héroe miró incrédulo al muchacho. Intentando contener su ira, templando el tono de sus palabras, lo ignoró por completo y, apartándolo de su vista de un manotazo, se dirigió a su padre.

—¿Es así como cumples tu palabra, rey Éurito? ¿Acaso crees que me iré de aquí sin tu hija?

Toxeo se levantó del suelo mientras toda la guardia cargaba los arcos y los tensaba apuntando con sus saetas al cuerpo de Hércules, que vaciló por un momento, templando su cólera. Entonces Éurito, flanqueado de nuevo por sus vástagos, recuperó la palabra.

—Hace tiempo tu locura te llevó a matar a los hijos que te dio Mégara, tu esposa. Tu gloria y tu maldición van de la mano, Hércules, y yo no entregaré a mi hija a un hombre capaz de asesinar a su propia prole.

Los puños de Hércules se tensaron, sus músculos crecieron y las venas de su cuello comenzaron a latir con fuerza. Pero Éurito no había acabado.

—Sal de mi reino ahora mismo, pues tu presencia nos deshonra. Hace algunos años me expulsaste de Tebas, hoy soy yo el que te arroja de mis tierras. Tu violencia y tu locura no caerán sobre los míos.

Hércules permaneció en silencio, con los ojos clavados en los tensados arcos de los guardias. Hirviendo de rabia, pero sabiendo que no tenía otra opción que obedecer la orden del rey, cogió su arco, se echó sobre los hombros la piel del león, y miró fijamente a Éurito y sus hijos.

—Te arrepentirás de lo que has hecho en el día de hoy, Éurito. Volveré y me llevaré el trofeo que hoy me niegas. Destruiré tu ciudad, acabaré con tu vida y la de tus descendientes con mis propias manos, y, desde el Hades, convertido en una sombra fría y olvidada, oirás los gritos de tu hija cada vez que decida utilizarla.

Las palabras de Hércules se adhirieron a los oídos de Éurito. Mientras el héroe se alejaba y su figura se iba desdibujando, tragada por el horizonte, Ífito, el más joven de los hijos del rey, se retiró en silencio. En su rostro se esbozaba un gesto de contrariedad y preocupación.

Las últimas palabras del héroe se habían filtrado en su cabeza con la misma fuerza de un oráculo.

◇◇◇

Caminaba solo, pero esta vez la paz no era su compañera de viaje. Las palabras de Éurito habían conjurado viejos recuerdos, perdidos en el saco de su memoria, y la rabia y el deseo de venganza corroían su ánimo cada instante del día. La integridad del héroe parecía haberse desvanecido ante la humillación de abandonar Ecalia sin el trofeo que merecía.

De noche no conciliaba el sueño; de día, las imágenes acudían a su mente ensombrecidas y lóbregas, y no era capaz de dirigir sus pasos hacia ninguna parte. Poco a poco, la obsesión por reparar su honor y por vengar la afrenta recibida ganaba terreno entre sus cavilaciones y, en pocos días, no fue capaz de pensar en otra cosa.

Disparaba sus flechas contra cualquier animal sin razón alguna, derribaba árboles y arbustos con extrema violencia, como si estuviera combatiendo contra enemigos imaginarios, nacidos de la tierra. Destruía cosechas, desviaba el curso de los arroyos y arremetía contra el ganado que encontraba a su paso, como si la antigua y olvidada locura estuviera haciendo presa en él de nuevo. Ofuscado por su propia ira, no dirigió una sola plegaria a los dioses, no intentó hallar consuelo en su padre ni implorar a Hera, su eterna enemiga, un poco de piedad. Se entregó por completo al frenesí de su propia desesperación y dejó que las huellas de su delirio se marcaran de nuevo en su mente atormentada.

Mas una tarde, con el sol escondiéndose ya tras el horizonte, la silueta de un hombre salió a su encuentro, al borde del camino. Detuvo sus pasos, en guardia, pues, desde que salió de Ecalia, no había cruzado apenas una palabra con persona alguna.

—Te saludo, Hércules —dijo el hombre con voz temblorosa—. Te he seguido a distancia desde Ecalia. Soy Ífito, uno de los hijos de Éurito.

Hércules lo miró de soslayo, sorprendido por su presencia.

—¿Cómo te atreves, hijo de Éurito, a seguir mi camino a escondidas?

El muchacho contuvo su miedo a duras penas y resistió la fría mirada del héroe. Habló con decisión, tratando de evitar que el temblor que sacudía su cuerpo atrapara también sus palabras.

—Conozco el riesgo que corro después de lo que ha ocurrido en mi casa. Pero debes saber que no estoy de acuerdo con lo que han hecho mi padre y mis hermanos.

Ífito observó un momento al hijo de Zeus, que parecía vacilar, sorprendido por sus palabras.

—Sé que siempre has admirado el valor, incluso en tus adversarios —continuó con un tono cada vez más seguro— y sé también que no puedo enfrentarme a ti. Nadie puede hacerlo. Pero aquí estoy, a tu merced, confiando en que no me juzgues como a mi padre o a mis hermanos.

—¿A qué has venido, Ífito? —las palabras de Hércules fluyeron tranquilas, como si de repente, su corazón agradeciera la presencia de aquel muchacho y su ánimo se sintiera reconfortado por su valor y su sinceridad. Se acercó a él y, con una calma que no había sentido en muchos días, prosiguió sin dejar que el joven contestara todavía.

—Admiro tu valor, muchacho, y te creo. Cuando llegue el momento de mi venganza recordaré lo que acabas de decirme. Pero —una tímida sonrisa se dibujó en el rostro del héroe— dime a qué has venido.

Ífito avanzó un paso y con tono más relajado, obedeció.

—El mismo día en que te fuiste de Ecalia, unas yeguas de mi familia desaparecieron de los prados en que pastaban. Mi padre y mis hermanos te acusaron públicamente de haberlas robado, seguros de que era tu venganza por no haber recibido el premio del concurso.

Los ojos de Ífito mostraban confianza y seguridad. Miró de frente a Hércules, que escuchaba con una mezcla de curiosidad e indignación, y continuó hablando.

—Al día siguiente de tu partida decidí salir de la ciudad y seguir tu rastro, convencido de tu inocencia. Ayer te vi desde lejos y pensé que, si te alcanzaba, podría pedirte disculpas por el comportamiento de mi familia y, a la vez, implorar tu ayuda para encontrar a los verdaderos ladrones de las yeguas, a los que algunos pastores han visto muy cerca del lugar en que nos encontramos.

Hércules sonrió. El desparpajo de Ífito, propio de su juventud, serenó su ánimo y alivió su sentimiento de soledad. Miró a su alrededor y vio un cerro recortándose muy cerca del camino.

—Ven conmigo —dijo—. Todavía hay luz, y, desde la cima de esa colina, podremos ver si tus yeguas se encuentran tan cerca como dices.

Los dos ascendieron juntos por un camino serpenteante que, poco a poco, ponía a sus pies buena parte de la isla de Eubea. Desde la cima, Hércules se recreó en la contemplación de un mar que parecía abrazar la tierra, penetrando en su seno como un amante fiel, unido siempre al cuerpo de su amada. Miró al cielo en busca del águila de Zeus, pero no la vio ni oyó sus agudos y lejanos gritos. Su ausencia lo abatió y, con la sensación de que su padre lo había abandonado, se sintió irremediablemente solo. Notó que su mente se vaciaba, precipitándose en un pozo oscuro, sin fondo.

Mientras, Ífito escudriñaba cada rincón de la tierra, en busca de algún rastro, de un mínimo indicio que le diera alguna pista sobre el paradero de los animales. Observaba a Hércules,

veía su repentino y extraño ensimismamiento, y por un momento, la sombra de una duda cruzó su mente: ¿habría sido realmente el ladrón del ganado? ¿Habría robado las yeguas para vengarse? ¿Tendrían razón su padre y sus hermanos?

Miró al héroe y vio que tenía sus ojos clavados en su rostro. De repente, Hércules parecía una estatua tosca, rígida, inexpresiva: sus manos, garras; su rostro, un espectro. Ífito retrocedió unos pasos, asustado por aquella repentina metamorfosis, y, tratando de mostrarse sereno y confiado, dijo:

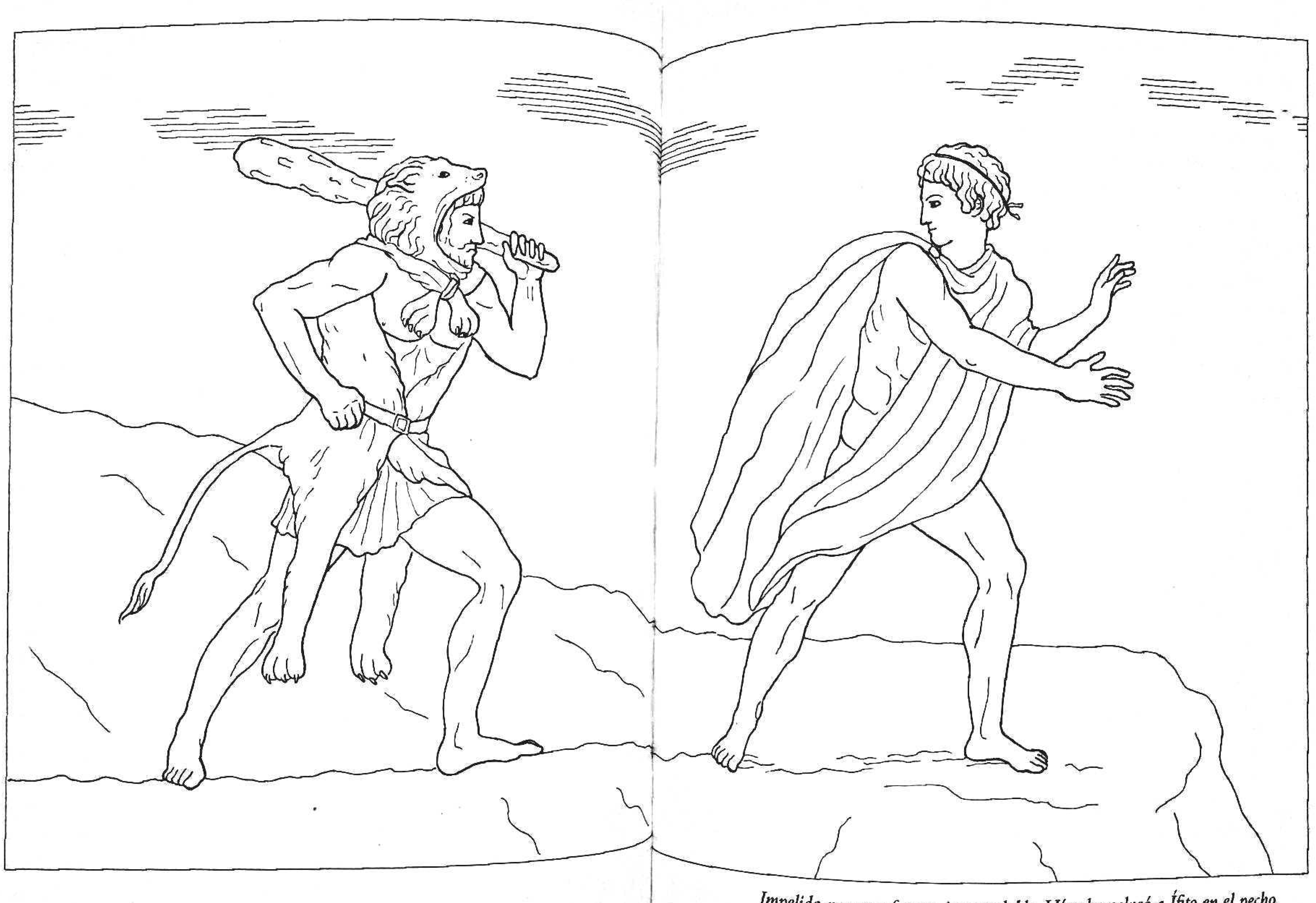
—No hay ni rastro de las yeguas.

Mas Hércules no cambió su expresión sombría. Avanzó hacia el muchacho como un depredador hacia su presa, y habló con una frialdad que hizo temblar a Ífito.

—¿Sospechas de mí, muchacho? ¿Crees que he sido yo el que ha robado las yeguas de tu padre?

Ífito no contestó. Su cuerpo quedó paralizado, las palabras no salían de su boca, sus ojos estaban hipnotizados, atravesados por la mirada de Hércules, que, como un cuchillo, parecía penetrar a través de ellos en su cuerpo.

El alma del héroe se había vaciado de todo sentimiento. De nuevo, impelido por una fuerza que era incapaz de controlar, la cólera lo dominaba y la locura, persistente como el frío del invierno, envenenaba su ánimo. Con la mirada perdida, con los latidos de su corazón zumbando en sus sienes, la luz de su conciencia se apagó como un fanal azotado por los vientos del océano. Avanzó hacia Ífito y lo golpeó en medio del pecho. El muchacho sintió que una maza de bronce quebraba todos sus huesos; un fuego abrasador lo llenó por dentro, y notó que sus vísceras se deshacían, devoradas por unas fauces implacables.



Impelido por una fuerza incontrolable, Hércules golpeó a Ífito en el pecho.

Hércules vio rodar el cuerpo ladera abajo. Sus ojos siguieron la caída, pero su corazón no sintió nada, como si fuera una roca lo que se despeñaba hacia el valle. Entonces, un grito lejano, nacido del cielo, se filtró en su adormecida cabeza. Levantó los ojos despacio, escudriñando el horizonte, intentando penetrar más allá de las nubes rojizas que parecían desvanecerse con la luz del ocaso.

El águila de su padre, el ave de Zeus, planeaba nerviosa. Emitía graznidos roncos y, cruzando el mar, se internaba en las tierras del continente volando hacia un lugar que Hércules, en el confuso torbellino de su mente, fue capaz de percibir con la claridad propia de un luminoso día de verano.

El águila volaba hacia Delfos.



5

El hijo de Zeus

El águila desapareció entre las brumas que envolvían la cima del monte Parnaso. Hércules concentró su mirada en las rocosas cumbres, intentando adivinar alguna señal, algún mensaje de su padre, pero todo fue en vano. Bajó sus ojos hacia la tierra y entró en el sagrado recinto de Apolo con el peso de un nuevo crimen sobre sus hombros y un deseo de purificación que, a lo largo de su viaje desde Eubea, se había convertido en una convulsa necesidad.

Sumergió su cuerpo por completo en la fuente sagrada y trató de vaciar su mente mientras las heladas aguas del manantial lo abrazaban. Cerró los ojos, sintió su pelo ondear bajo la superficie y, por un momento, la paz volvió a su alma y la sensación de soledad remitió, aflojando levemente su tenaz abrazo. Imágenes deslavazadas, secuencias sin orden desfilaron delante de sus cerrados párpados, y una calma profunda, parecida a un sueño hermoso, momentáneamente lo venció.

Cuando salió de la fuente comenzó la ascensión hacia el recinto del oráculo, el lugar donde la pitia oía los pensamientos de Apolo y los reproducía con palabras confusas, mientras su cuerpo se convulsionaba, presa del trance adivinatorio. Era una mujer ya anciana, cuya mirada parecía consumida por la energía del dios. Su cuerpo estaba surcado por hondas arrugas que llenaban su rostro de valles oscuros y suaves colinas dibujadas sobre una piel traslúcida, bajo cuya superficie fluían estrechos arroyos azulados, del mismo color que sus insondables ojos.

Los guardianes del templo no se atrevieron a detener a Hércules, que penetró en el recinto sagrado sin verlos, con la mirada extraviada y el ánimo decidido a encontrar en las palabras de la pitia las respuestas definitivas. Se adentró en el divino lugar y vio la silueta de la mujer, sentada sobre el trípode sagrado, detrás de una cortina mecida por una brisa inexplicable.

Un perfume sorprendente, dulce, agradable, llenó sus sentidos; lo aspiró con placer, preguntándose qué lo originaba e intentando ver dónde estaba la abertura, la grieta de la tierra de la que emanaba aquel olor sutil, capaz de llenar su ánimo de una suave euforia.

—Es la segunda vez que acudes al templo, Hércules. —Una voz profunda, oscura, sonó a sus espaldas—. Pero esta vez te has atrevido a violar este lugar sagrado.

Hércules se volvió despacio, sintiendo un leve vértigo, un mareo ligero y repentino que le hizo apoyar la maza en el suelo para poder sostenerse.

—La pitia no contestará tus preguntas ni te purificará de tu crimen mientras permanezcas en el interior de este lugar.

Un calor intenso y repentino envolvió el cuello, la frente y las sienes del héroe. De nuevo la misma sensación que lo había llevado a golpear al hijo de Éurito lo atrapó desde dentro, nublando su vista, haciendo que su corazón hirviera de cólera. Miró con torvo rostro al sacerdote y se dirigió a él con palabras amenazantes.

—Dile a esa desdichada mujer que anuncie cómo he de purificarme por la muerte de Ífito. Y dile también que saquearé este templo si no lo hace.

Hércules notaba, más que oía, su propia voz. El sudor chorreaba desde su cabeza y la sensación de vértigo aumentaba a la vez que el dulce olor desprendido de la tierra iba embriagándolo cada vez más, como si estuviera bebiendo un vino puro, nacido de las entrañas de la tierra. La silueta del sacerdote fue desapareciendo poco a poco y, en un instante, se vio solo, desorientado, delante de la cortina que separaba a la pitia del resto del mundo.

Arrojó a un lado la maza y se despojó de la piel del león, que le pesaba como una losa sobre los hombros. Rodeado de voces agudas que nacían y morían de su propia cabeza, asediado por pequeños puntos de luz que estallaban dentro de sus ojos como burbujas luminosas en el interior de un mar oscuro, descorrió la cortina sagrada y penetró en el corazón del oráculo.

Cayó al suelo de rodillas delante del trípode que, vacío, se erguía delante de él, asentado sobre una grieta angosta, lineal. Hércules creyó ver en ella una boca fría y estrecha, de la que emanaba un soplo, un hálito, el aliento de la madre Tierra. Levantó los ojos, escudriñó el pequeño y sobrio recinto, pero no vio adornos, ni símbolos, ni rastros

de Apolo, el hijo de Zeus, aquel que, junto con Atenea, la otra divinidad guardiana del sagrado recinto de Delfos, le había augurado, hacía ya mucho tiempo, un sufrimiento casi perpetuo cuyo fin habría de ser la inmortalidad. Mas no había rastro de la pitia.

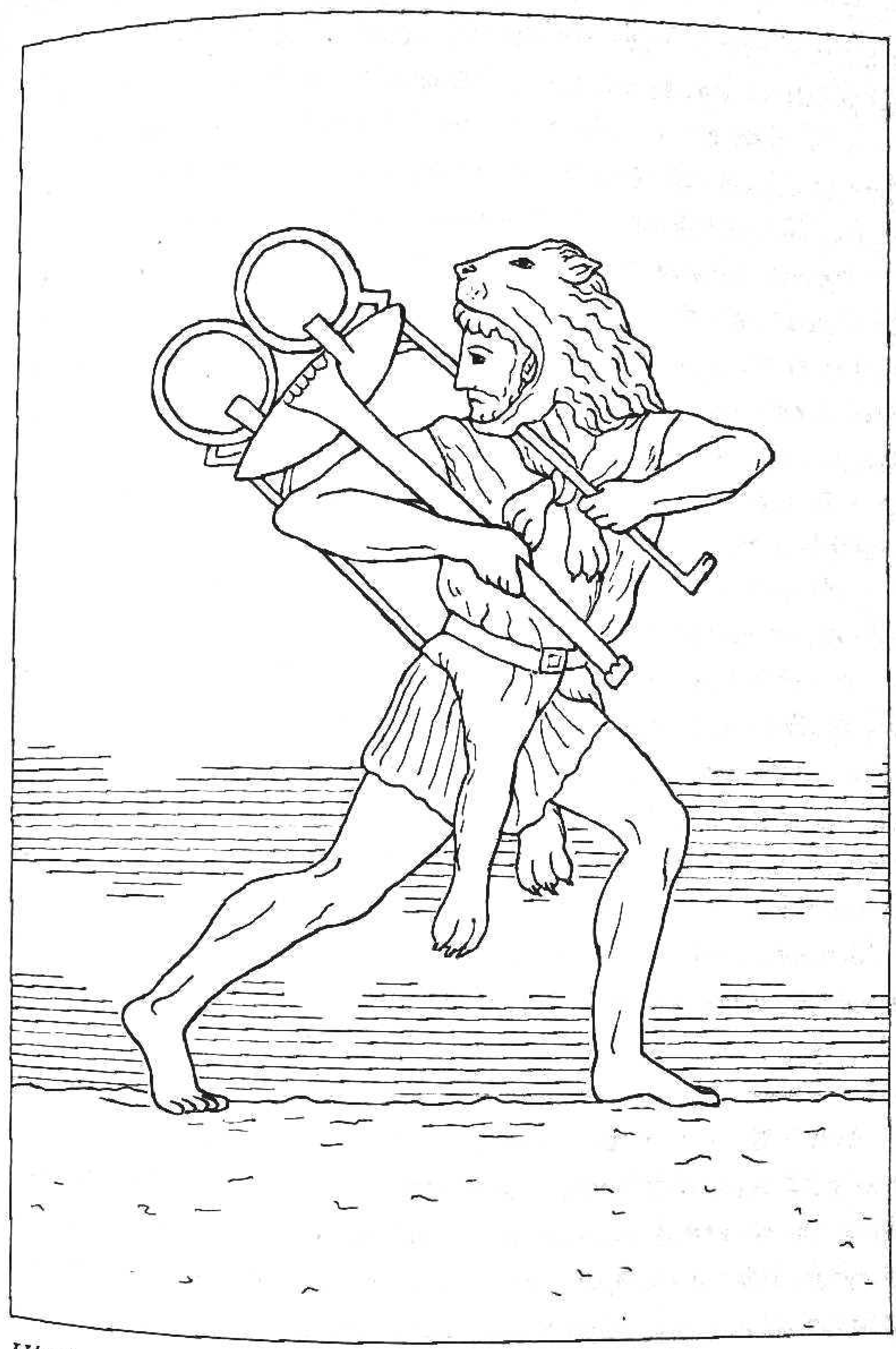
Se levantó, decidido a cumplir sus amenazas, y, esgrimiendo como un arma de guerra el trípode sagrado, salió del recinto atacado por una fiebre que hacía hervir de sudor la piel de su cuerpo.

—¿Dónde estás, sagrada pitia? —gritó, fuera de sí—. Destruiré tu templo, arrasaré tu casa si no me purificas y me revelas la voluntad de Apolo.

Mientras se alejaba, la intensidad de su embriaguez disminuía a la vez que el perfume, intenso en el interior, se desvanecía, mezclado con el aire de la montaña. Golpeó con el trípode de bronce algunos de los exvotos acumulados alrededor de las paredes del templo: las figuras estallaban, hechas añicos, y el estruendo de los golpes llenaba el recinto entero y se confundía, en ecos monocordes, con las laderas del Parnaso. Enfurecido, buscaba a los sacerdotes, deseando cebar en ellos su cólera.

Entonces, una luz azulada, brillante y cegadora, se formó a su espalda, modelando una nube que giraba despacio, como un planeta alrededor de una estrella imaginaria. Un destello refulgió en su interior.

Hércules notó un golpe seco sobre el trípode y una fuerza enorme, irresistible, se lo arrebató de la mano, haciéndolo caer al suelo y resonar terriblemente. Sorprendido, enfurecido al creer que alguien osaba enfrentarse a él, vio que una flecha áurea, perfecta, hermosa, se clavaba en la pared de



Hércules agarró el trípode sagrado, salió del templo y exigió la presencia de la pitia.

piedra vibrando con estrépito. Antes de que tuviera tiempo de volverse, una voz cálida y suave resonó.

—¿Quién has creído que eres, Hércules? ¿Acaso piensas que puedes violar este recinto sagrado no solo con tu presencia sino, también, con tus arrogantes amenazas?

Durante un instante el héroe quedó paralizado, presa de la angustia. Cuando volvió su cabeza, vio delante la imponente figura de Apolo, señor de Delfos, conocedor del futuro. Dudó; por primera vez en su vida tuvo conciencia de que estaba a punto de cruzar una línea sin retorno, y la prudencia pareció dominarlo. El dios lo contemplaba distante, erguido y brillante, como una estatua luminosa.

—Si no abandonas inmediatamente mi templo, la próxima flecha atravesará tu cuerpo —dijo solemnemente Apolo.

La voz del dios se clavó en el ánimo de Hércules: su tranquilidad, su tono casi musical, su cadencia poética enardecieron el corazón del héroe, que comenzó a latir con violencia. Su vista se nubló de nuevo, la oscuridad del interior del templo se iluminó con diminutos destellos anaranjados que se encendían y apagaban con el ritmo de sus propios latidos, y la cólera lo dominó por completo. Sin poder controlar su furia, atrapado por su locura violenta, Hércules asió la maza y se lanzó hacia delante, blandiendo la terrible arma en sus manos, que se aferraban a ella como garfios.

Apolo lo vio venir y retrocedió unos pasos, paralizado por su reacción. Por un momento, una sombra de duda se filtró en su mente, y sus dedos no fueron capaces de encontrar una nueva flecha en el carcaj. Hércules resoplaba y gritaba, avanzando como un león furioso, dispuesto a destrozar a su presa.

Entonces, un haz de luz se interpuso entre los dos combatientes. Al tocar el suelo brotó una llama azulada, cegadora, y un estruendo sordo estremeció los cimientos del recinto sagrado. Hércules detuvo su marcha, alcanzado por un calor intenso que lo hizo caer al suelo con los miembros ardiendo y los ojos cegados por un resplandor insoportable. Se quedó inmóvil, encogido sobre las losas de piedra, intentando comprender lo que estaba sucediendo.

—Tu atrevimiento no tiene límites —oyó, sobrecogido todavía. La voz era honda, grave, y enseguida supo que era su padre. Se incorporó y abrió los ojos despacio, pero delante de él ya no había nadie, solo un hueco, todavía humeante, en el lugar donde había impactado el rayo de Zeus.

Respiró hondo, dispuesto a contestar al soberano celeste, pero, de nuevo, la voz quebró el silencio.

—No digas nada. No te atrevas a decir nada. Al contrario, escúchame con atención si no quieres que te fulmine en este mismo instante.

Hércules obedeció. Entonces, entre el humo provocado por el rayo, creyó ver una silueta delgada, trémula, que, con el sagrado trípode en sus manos, penetraba en el recinto divino en el momento en que la voz del amontonador de nubes resonaba de nuevo.

—La pitia pronunciará su oráculo, y tú seguirás sus indicaciones. Después, saldrás de Delfos y no volverás nunca más.

La voz se había vuelto más amable, perdiendo algo de gravedad en su tono, pero Zeus no había terminado.

—Tu valor y tu fuerza son tan grandes como tu atrevimiento y tu arrogancia. Sé que Éurito te ha ofendido, incumpliendo su palabra, pero has asesinado a su hijo sin motivo

y has estado a punto de entrar en batalla con un dios. No pongas más a prueba mi paciencia.

Hércules bajó la cabeza. La tranquilidad había vuelto a su espíritu y su ataque de furia se había desvanecido, neutralizado por las palabras de Zeus. Miró hacia el lugar desde el que parecía fluir la voz de su padre, pero no vio nada y, repentinamente, dejó de sentir su presencia; la luz se disipó, el calor desapareció.

Un sonido apagado captó entonces su atención. Parecía un leve gorjeo que, poco a poco, fue ganando intensidad y fuerza, hasta convertirse en una voz extraña, rítmica, un bufido ronco que retumbó en todo el templo. Intentó de nuevo acercarse al recinto sagrado, convencido de que la pitia estaba pronunciando el oráculo, pero la mano firme del sacerdote lo detuvo.

—Espera aquí, Hércules. Cuando el oráculo esté completo yo mismo te lo comunicaré.

Obedeció, cerrando los ojos para intentar calmar su ánimo. Poco después, la voz del sacerdote resonó de nuevo.

—La pitia ha hablado; Apolo ha expresado su sagrada voluntad.

Hércules no dijo nada; su cuerpo pareció volverse algo más rígido, pero su mente se relajó, aceptando de antemano el veredicto divino. Escuchó al sacerdote, el anciano que, en otro tiempo, le había anunciado su ímprobo camino hacia la inmortalidad.

—Una vez más, Hércules, deberás servir como esclavo. Mas esta vez, serás vendido en el mercado, y la ganancia que se consiga con tu venta será entregada a Éurito como compensación por la muerte de Ífito, su desdichado hijo.

Hércules se mantuvo en silencio. Resignado, con el pálpito de que aquella sería su última prueba, salió del templo. Al llegar al borde del camino miró hacia atrás: vio al sacerdote, que parecía despedirse de él con una mirada triste, vio los edificios y vio las impresionantes masas rocosas que cubrían todo el recinto.

Comenzó a caminar cuando las primeras sombras de la noche caían sobre Delfos. En su mente bullían los secretos del futuro, la incertidumbre de su propia vida, y el convencimiento de que, cuando la innumerable sucesión de las generaciones mortales acabara por completarse y todo hubiera sido consumido por la implacable embestida del olvido, en Delfos tan solo permanecería la eterna belleza de su paisaje.

◇◇◇

La ciudadela de Ecalia ardía; el humo se elevaba hacia el cielo formando leves espirales que giraban y se desvanecían, desbordadas por el viento. Hércules observaba el espectáculo sentado sobre una roca desde la que podía contemplar el paisaje de su victoria: casas en llamas, filas de mujeres y niños convertidos en botín de guerra, hombres degollados... Alrededor, los sonidos propios del final de las batallas: aullidos de hombres destrozados por el dolor de sus heridas, cantos victoriosos de los soldados entregados al saqueo, y un rumor monocorde, constante, proveniente de las gargantas de los ancianos que contemplaban su mundo, sus recuerdos convertidos en jirones por la furia de los conquistadores.

Sobre el peñasco, Hércules recordó los días en que, sentado sobre una roca como aquella, tuvo ante sus ojos las ruinas

de Orcómeno, el reino de los minias, sobre cuyos escombros había comenzado a descollar su fama por toda Grecia. Ahora, tantos años después, aspiraba el olor de su nueva victoria, el aroma de su nueva venganza, pero no sentía euforia alguna, solo intentaba alejar de sus sentidos el aroma de la muerte, dejándose arrastrar por el torbellino de sus recuerdos.

Cumpliendo el oráculo, había servido durante tres años como esclavo en el palacio de Ónfale, la reina lidia que lo había comprado en uno de los innumerables mercados de Asia. La reina, heredera del trono de Tmolo, su esposo muerto, había pagado por él una gran cantidad de oro y piedras preciosas, pero Éurito no aceptó tan ingente riqueza como reparación por la muerte de su hijo.

Una sonrisa se esbozó en el rostro del héroe al recordar los tres años de cautiverio en el reino de Ónfale. En realidad, pensaba, habían sido tres años en los que no había sentido el peso de la esclavitud, sino de una transitoria felicidad, entregado a la acción y, a la vez, a los placeres que cada noche le brindaba la hermosa Ónfale.

Durante aquellos tres años de tregua había capturado a los cercopes, seres patéticos a los que ató a un palo, boca abajo, para poderlos transportar como si fueran piezas de caza; mató a Sileo, que en las salvajes tierras de Áulide obligaba a los viajeros a cavar sus viñas, y realizó otras muchas hazañas, propias de su fama. Mas, por encima de todas ellas, solo una, quizá la más insignificante, tenía un lugar en el santuario de sus recuerdos.

Miró al cielo y evocó el momento en que, sobre una playa de la isla de Dólique, había encontrado el cadáver de Ícaro, el desafortunado hijo del ateniense Dédalo, el joven que creyó

poder volar cerca del sol. Enterró el cuerpo y llamó Icaria a la isla y al mar que la rodeaba.

Una voz interrumpió su ensimismamiento.

—La ciudad está asegurada, señor. Éurito y sus hijos están atados a postes sólidamente clavados en la tierra. Debes decidir qué hacer con ellos.

La figura de Licas, compañero de armas y heraldo, recortada por la luz del sol, cubrió su vista. Se levantó despacio, sin decir una sola palabra, tratando de ordenar sus pensamientos, y, antes de comenzar el descenso hacia la plaza, transmitió sus órdenes a Licas.

—Ve a Traquis, amigo, y entrega a Ceix el botín de cautivas que espera a las puertas de la ciudad. Llévate a Yole con ellas, pero informa al rey de que es la hija de Éurito, el premio que me fue negado cuando gané el concurso de tiro.

Calló un momento, clavó los ojos en el suelo, y añadió:

—Que nadie ose tocarla. Transmite a Ceix mi deseo de que sea alojada entre las mujeres de la corte hasta mi regreso.

Licas vio en los ojos de Hércules un destello conocido: había destruido una ciudad para llevarse consigo a la hermosa Yole, igual que, en otro tiempo, había combatido con Aqueloo, el poderoso dios del río, por Deyanira. ¿Era Yole algo más que el premio de un concurso? ¿Era Deyanira solo el fruto de un juramento?, se preguntaba Licas mientras descendían. ¿Qué guiaba los pasos de su señor: el amor, el deseo, el honor?

—Me propongo realizar espléndidos sacrificios en honor de mi padre en el promontorio Ceneo, antes de abandonar Eubea. —La voz de Hércules sonaba clara, serena, y Licas dejó a un lado sus reflexiones—. Pide a mi esposa —prosiguió el

héroe— el hermoso manto con el que cubro mi cuerpo en las ceremonias sagradas y tráemelo inmediatamente.

Al salir de la ciudad, Licas oyó los aullidos, agudos y punzantes, de Éurito y sus hijos. A su lado, Yole caminaba retraída. Su rostro parecía el de una hermosa e inexpresiva estatua.

◇◇

El porte, la dulzura de sus rasgos, el brillo de su pelo hacían destacar a Yole entre las demás mujeres enviadas como botín tras la toma de Ecalia. Sin preguntar nada, Deyanira se detuvo delante de ella. Las dos mujeres se miraron de frente. Sus ojos, oscuros como un pozo, los de Yole, grises como el mar en invierno, los de Deyanira, escudriñaban cada rasgo, como águilas volando en círculo sobre su territorio de caza. Mas la hija de Éurito, con la juventud palpitando en cada rincón de su cuerpo, pareció desprenderse muy pronto de todo signo de pasión y volvió a adoptar el frío aire de una estatua, distante y perfecta.

Deyanira vio que Yole era conducida a una de las habitaciones reales para ser atendida día y noche hasta el regreso de Hércules, y, poco a poco, sus celos renacieron, comenzando a desbordar su corazón. Intentó sobreponerse, disimular su turbación, actuar con naturalidad, pero un demonio cruel y feroz se había apoderado de ella, y una lluvia de preguntas, cuyas respuestas no deseaba conocer, anegaba su ánimo: ¿Amaba Hércules a Yole? ¿Era algo más que el premio de un concurso de tiro? ¿Por qué la había traído a su propia casa? Sin poder poner freno a sus pensamientos, Deyanira recordó el día en que, años atrás, su marido había partido hacia Ecalia para participar en el concurso de tiro, y

tuvo la seguridad de que sus temores de entonces se estaban confirmando por completo.

Ajeno a las tribulaciones de su madre, Hilo, nacido de la semilla de Hércules, tenía otras sensaciones. Había crecido fuerte y sano, y, a pesar de su juventud, ardía en deseos de acompañar a su progenitor y de ayudarlo en las campañas venideras. Por primera vez veía el botín humano de una guerra y sentía la superioridad que la victoria otorga a los vencedores y la desgracia que cae sobre los vencidos. Sentado junto a Deyanira, erguido como un príncipe, creyó que había llegado el momento de encontrarse con su padre.

Entonces, la voz de Licas resonó.

—Hércules ordena una cosa más —dijo, mirando a Deyanira—. Desea realizar sacrificios en honor de su padre en el promontorio Ceneo antes de abandonar la isla de Eubea. Quiere que le lleve el manto con el que siempre cubre su cuerpo al realizar las ceremonias religiosas.

—Te lo entregaré inmediatamente, Licas —contestó ella, levantándose de su silla—. Iré a por él personalmente.

Salió de la habitación sin mirar atrás, poseída por una sensación de vértigo. En su rostro se esbozaba una sonrisa, sus ojos mostraban determinación. Mientras atravesaba los pasillos del palacio, todo su cuerpo se movía con una energía y decisión repentinas, como si hubiera encontrado el remedio para conjurar unos males que ya había previsto años atrás.

Entró en su habitación con la respiración agitada y el corazón latiendo alocadamente. Ordenó salir a todas las sirvientas y se dirigió al mueble en el que guardaba la caja de su hermano Meleagro. Accionó el mecanismo con cuidado, como si estuviera abriendo la tapa de un tesoro. Un olor

dulce, agradable, inundó entonces su olfato; sus ojos se entornaron despacio, como si estuvieran siendo heridos por una imagen deslumbrante; sus labios se contrajeron y su garganta exhaló un leve quejido.

Ante ella, de nuevo, el filtro amoroso del centauro parecía latir con vida propia. Lo cogió con suavidad y, como años atrás, aspiró su aroma y notó su cálida humedad. La imagen de la bestia agonizando la asaltó con una vívida intensidad: sus manos temblaron, su visión se llenó de nubes blancas, y, como si estuviera poseída por un trance, se dirigió al lugar en que guardaba el precioso manto de Hércules. Entonces lo extendió sobre el suelo, apretó con sus manos el filtro de Neso y vio cómo las gotas impregnaban poco a poco la prenda con la que su esposo, el padre de su hijo, iba a celebrar su ceremonia de victoria.

◇◇◇

El altar estaba preparado junto al promontorio Ceneo; las víctimas del sacrificio, adornadas con guirnaldas, barruntaban la muerte y se movían nerviosas, atadas al ara con argollas de bronce. El toro, el mejor de la cabaña del difunto Éurito, resoplaba con furia, llenando con sus húmedos chorros de mucosidad los bordes del altar. Los corderos, con el lomo pintado de rojo, yacían, sumisos, sobre el suelo.

Junto a Hércules, Hilo estiraba su cuello, levantaba el mentón, apretaba las mandíbulas e intentaba que su porte, su presencia, estuviera a la altura de las circunstancias. Había llegado con Licas, trayendo el manto que su padre había pedido para la ceremonia. Veía a Hércules frente al altar y, por primera vez, se sentía impresionado ante su aspecto. Algo encogido,

embriagado por la ceremonia y abrumado por la gloria de su padre, sintió que el tiempo de su niñez había terminado para siempre.

Junto al altar, Hércules se despojó de la piel del león y tomó de los brazos de Licas el hermoso manto. Lo cogió suavemente y percibió un perfume dulce, extraño, que nunca antes había sentido. Como flecos de tela caídos del tejido de sus recuerdos, acudieron a su memoria algunas imágenes del pasado, pero no fue capaz de precisarlas. Desplegó el manto sobre sus hombros y notó cómo se deslizaba sobre su piel, cubriéndolo con ese olor dulce que, poco a poco, se fue esparciendo por toda la llanura, embriagando con su aroma a todos los presentes.

Sobre el cielo, las nubes se concentraron y una magnífica águila comenzó a volar en círculos, gritando agudamente, lanzando su quejido con un tono lastimero. Un silencio sobrecogedor llenó el promontorio, el viento cesó y el mar detuvo su movimiento, paralizado por una quietud que lo envolvía todo. Entonces, un sonido extraño se filtró por todas partes, llegando a todos los que presenciaban la ceremonia. Era un chisporroteo, como si un insecto mordiera y tragara carne deshecha, licuada por los jugos de su boca; un olor ácido, de carne quemada se adhirió, como un humor pegajoso, a los cuerpos y a las ropas.

Entonces, un alarido furioso, un rugido de fiera, atronó el valle y cruzó el estrecho hasta llegar a Traquis. Deyanira, encerrada en su habitación, se levantó de la silla y, con los ojos en blanco, temblando como un desdichado atacado por la enfermedad sagrada, con la lengua contraída golpeando su garganta, supo que el cuerpo de su esposo estaba siendo

devorado por el filtro del centauro. Fuera de sí, extática, se derrumbó sobre el suelo.

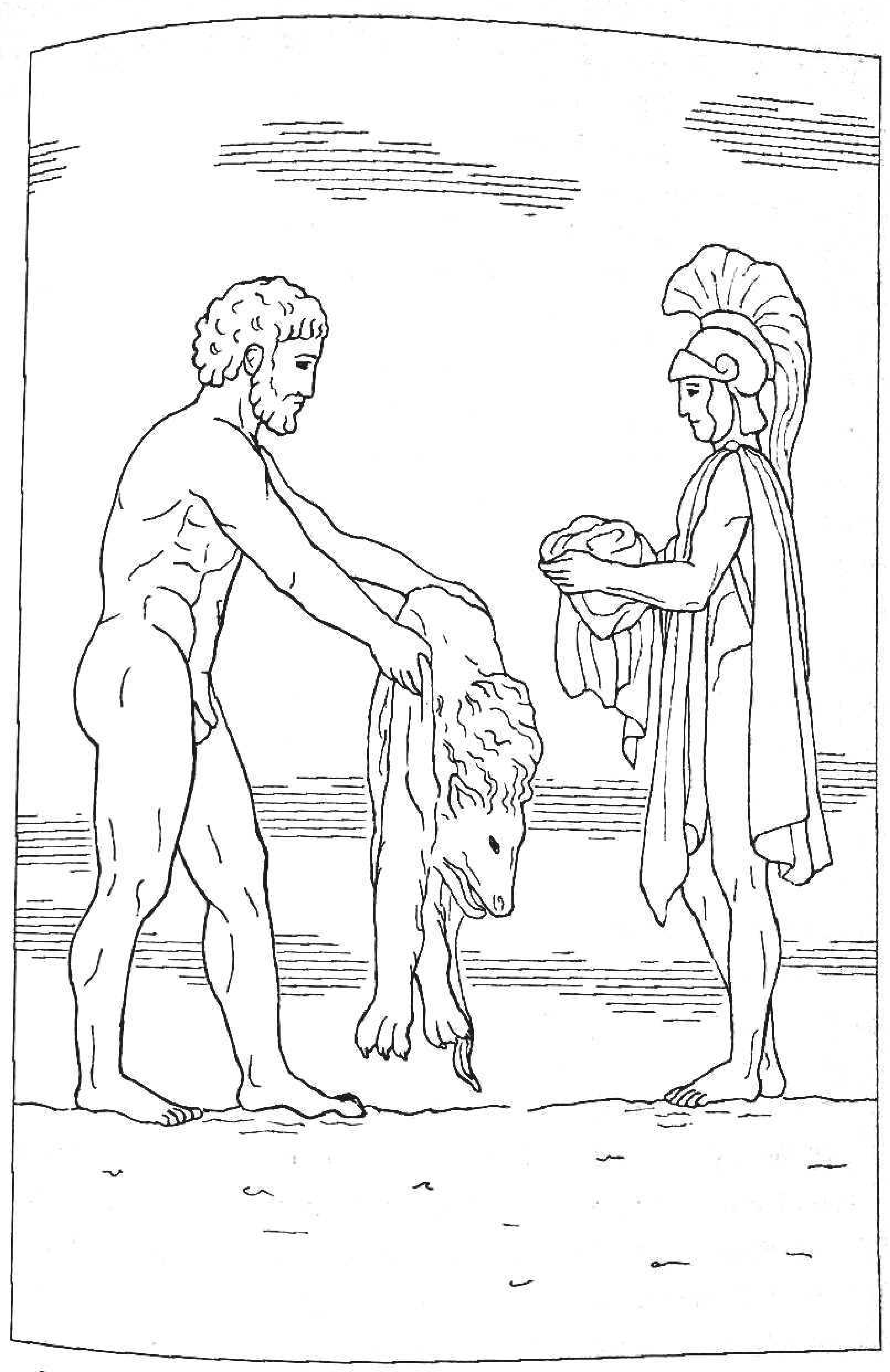
El manto se pegó al cuerpo de Hércules, desgarrando la piel, llenándola de un humor purulento que devoraba la carne como las mandíbulas de cientos de parásitos; el héroe humeaba, sus gritos laceraban los oídos, y su terrible sufrimiento hizo llorar al propio Zeus, que veía a su hijo consumirse vivo, abrasándose, estallando poco a poco, como si algo lo estuviera desollando por fuera y devorando por dentro.

Desde el cielo, el dios miró a Hera, su implacable esposa, y, por primera vez, vio en su severo rostro un hilo de piedad, un halo de misericordia.

∞∞

Sobre la cumbre del monte Eta, muy cerca de Traquis, el cuerpo lacerado de Hércules yacía sobre la pira. Con los últimos restos de vida había ordenado que lo llevaran allí para que el fuego liberara su espíritu y pusiera fin a su terrible sufrimiento.

Con gemidos cada vez más apagados, intentaba todavía arrancarse el manto. Jirones de su piel caían al suelo y de su torso nacían colgajos sanguinolentos. Con un esfuerzo supremo volvió la cabeza y vio a su hijo, a quien, durante la travesía, había ordenado desposar a Yole. Contempló sus lágrimas y pensó en las desgracias que lo esperaban sin su protección. Cerró los ojos, tratando de evitar la cegadora luz del sol y sintió un pinchazo hondo, más agudo que los dolores que lo asediaban, al recordar a su esposa, la desgraciada Deyanira, vencida por los celos, involuntaria ejecutora de la venganza de Neso.



Hércules tomó el manto impregnado con el filtro de Neso que le ofrecía Licas.

Desde las cuencas de sus ojos, las lágrimas comenzaron a deslizarse, haciendo arder su rostro desgarrado, mientras recordaba su penoso traslado desde Eubea a Traquis y evocaba, una vez más, la terrible visión del cadáver de su esposa, colgada por el cuello de una de las vigas de su habitación, incapaz de soportar la desgracia que había provocado, triste fardo balanceándose al ritmo de sus desventuras.

Torturado por aquellos recuerdos, cuando ya apenas era capaz de sentir su propio dolor, Hércules levantó su mano temblorosa; su brazo, antes poderoso como una roca, solo era ya un amasijo de piel abrasada que apenas ocultaba el contorno de sus huesos. Los hombres lo vieron y el silencio se hizo aterrador. Desde la pira, la piel del héroe, consumiéndose sin descanso, seguía crepitando, latiendo, emitiendo un vapor que se elevaba hacia el cielo como un remolino de polvo.

Pero el gran Hércules, el hijo de Zeus, aún tuvo fuerza para dar su última orden.

—¡Prended la pira!

Nadie se movió. La calma de la mañana se tragó sus palabras sin que ningún hombre diera un paso al frente. Todos parecían paralizados, atados a la tierra como los árboles o las rocas de la cima del Eta. Ninguno se atrevió a coger una antorcha, pues, en el fondo de sus almas, no podían soportar la idea de acabar con la vida de un hombre como Hércules.

Entonces, el héroe desfalleció y rindió su ánimo. Con el hilo de vida que todavía le quedaba, miró hacia el cielo buscando el águila de su padre, pero no vio más que una luz cegadora que veló definitivamente su mirada. A punto ya de morir, sobre el telón negro que cubría sus ojos se

dibujaron escenas inconexas de su propia vida, recuerdos borrosos, pero solo fue capaz de sentir intensamente, de ver con claridad, la imagen de algunas de las mujeres a las que había amado en los escasos momentos de paz que le habían sido concedidos.

Repentinamente, fue capaz de intuir la luz anaranjada de una antorcha, y oyó el eco de unos pasos. Respiró hondo, intentó reunir algo de fuerza y, rompiéndose de dolor, balbuceó:

—¿Quién se acerca a mis miserables restos? ¿Quién será el hombre piadoso que pondrá fin a mi sufrimiento?

Una voz temblorosa, prisionera del llanto, respondió:

—Soy Filoctetes, arquero, dispuesto a cumplir tu última orden.

Una sonrisa se esbozó en los consumidos labios del héroe. Con un gesto lastimero, pidió a Filoctetes que se acercara. El arquero dio unos pasos hacia la pira, sintiendo el terrible calor que el cuerpo de Hércules desprendía, percibiendo el profundo, dulzón, penetrante olor de la muerte.

—Coge mi arco, Filoctetes. Con él conseguirás que tu nombre viva eternamente.

El soldado alargó sus brazos y tomó el impresionante arco, sintiendo que sus manos acariciaban un objeto sagrado. Mas, en ese momento, el cuerpo de Hércules se convulsionó violentamente y su garganta exhaló un suspiro ronco y profundo.

—Libérame, Filoctetes —alcanzó a decir el héroe agonizante—. Cumple mi orden.

El arquero acercó la antorcha a las teas sobre las que descansaba la pira funeraria. Con los ojos nublados por las lágrimas,

vio cómo el fuego comenzaba a devorar los leños, envolviendo con sus anaranjados brazos el cuerpo de Hércules. Todos los hombres tuvieron entonces la sensación de que las lenguas de fuego lamían los lacerados miembros del héroe, paliando el terrible sufrimiento que los había consumido.

Entonces, sobre el cielo de Traquis, un águila comenzó a volar en círculos. Al ritmo de sus agudos chillidos, las nubes se encontraron, amontonándose como un ejército ansioso por disparar sobre la tierra toda la fuerza de sus armas. Los rayos iluminaron el cielo por completo, los truenos hicieron temblar los cimientos de la tierra, y el ave voló, en un vertiginoso picado, sobre la pira.

Los hombres creyeron ver entonces que el héroe se erguía sobre los leños calcinados: encima de sus hombros se balanceaba, mecida por el viento, la piel del león de Nemea, y en sus manos, asida con fuerza, la maza parecía, brillante como un cometa, el arma de un dios. Algunos creyeron ver que su cuerpo se alzaba hacia el cielo escoltado por el águila, otros, que Hércules, transformado en un haz de luz, se fundía sobre el horizonte, formando parte, a la vez, de la tierra y del cielo, y otros, asombrados por presenciar la apoteosis de un dios, cerraron los ojos e imaginaron que el héroe, por fin, había sido capaz de viajar más allá de la línea del horizonte.

Mas el hijo de Zeus, aquel hombre invencible, estaba sumido en un sueño hermoso, consolador, capaz de restañarle todas las heridas de su cuerpo y de su alma. Las puertas del Olimpo se abrían para él y, en el interior del reino de los dioses, envuelto por el dulce calor de su propia grandeza, era capaz de comprender que el único horizonte que un hombre debe vencer es el de sus propias limitaciones.

Y entonces, una voz suave, dulce, envolvente, lo llamó. Levantó sus ojos y vio a lo lejos a su padre, sonriendo, asintiendo levemente con su cabeza. Pero no era la voz de Zeus lo que lo llenaba de serenidad, sino la de Hera, que con un gesto de comprensión, acogiéndolo, por fin, en su seno, extendía los brazos hacia él y pronunciaba su nombre con la blanda cadencia de la melodía más hermosa:

—Alcides.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Para el hijo de Zeus y Alcmena, la muerte fue la puerta de entrada a la inmortalidad. Hércules pasó así de ser un héroe dedicado a limpiar la faz de la tierra de monstruos que perturbaban su orden a convertirse en un dios protector cuyo culto se extendió más allá del mundo heleno.

En la *Ilíada*, Homero (siglo VIII a. C.) puso en boca de su héroe Aquiles las siguientes palabras: «Ni la pujanza de Hércules logró escapar de la parca, aunque fue el mortal más amado del soberano Zeus Cronión, sino que el destino lo doblegó y además la dura saña de Hera». Así es, nadie está libre de dolores en esta vida ni nadie se salva tampoco del cumplimiento de su sino, ni siquiera el más grande de los héroes y el más querido de los hijos que el señor del Olimpo tuvo con mujer mortal. No obstante, Hércules consiguió hacerse un lugar entre los inmortales al igual que otros de sus hermanastros por parte de padre, Dioniso, hijo de Sémele, y Pólux, hijo de Leda, si bien este compartiéndolo con su mellizo Cástor. Lo excepcional en el caso del vencedor del león de Nemea es que hubo de morir para nacer a esa nueva dimensión divina. Él, que ya en innumerables ocasiones se había enfrentado a la muerte y la había vencido. Como aquella vez en que, con motivo de una lucha contra el rey Neleo y los pilios, hirió al mismísimo dios del inframundo, Hades, con una de sus flechas.

O aquella otra en que buscó a Tánatos, el dios de la muerte, para arrebatarle a Alcestis y devolverla viva al lado de su esposo Admeto. Por no hablar del postrero de sus célebres trabajos, el descenso a los infiernos para capturar al mismísimo can Cerbero que guarda su entrada.

Como todo lo que atañe al hijo de Alcmena, sean las gestas logradas por el vigor de su brazo o los crímenes causados por sus arrebatos de ciego furor, su final solo podía ser grandioso, desmesurado, extremo. Hércules sucumbe así después de sufrir dolores inconcebibles para cualquier ser humano, de arder por dentro a causa de la sangre emponzoñada de Neso y por fuera en la liberadora pira. El fuego, considerado por los antiguos griegos un elemento purificador, es el que se encarga de eliminar lo que en el héroe hay de mortal. Lograda esa liberación, la parte divina de Hércules pudo ascender hasta el Olimpo, ser recibida por la asamblea de dioses y, reconciliado con su madrastra y enemiga Hera, casarse con Hebe, la diosa de la juventud. La parte perecedera, en cambio, no lograría librarse del destino del común de los mortales, o al menos eso es lo que se desprende de unos versos de la *Odisea* de Homero. En el canto XI, es una de las sombras que Ulises ve en su bajada al inframundo: «Vi a Hércules el fuerte, mas solo en su sombra, ya que él de los dioses al lado se goza en festines con su Hebe de lindos tobillos».

DOBLE CULTO, AL DIOS Y AL HÉROE

Hércules se convirtió así en dios y, como tal, recibió culto. El viajero y geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) recoge en su *Descripción de Grecia* varias manifestaciones de ello. En Sición (en el norte del Peloponeso), por ejemplo, refiere que había un santuario en el que se le hacía un doble sacrificio: «Y ahora todavía los sicionios matan

un cordero y, quemando sus muslos en el altar, comen una parte como si fuera de una víctima consagrada, mientras la otra parte de las carnes la ofrecen en sacrificio como si fuera un héroe». Dios y héroe quedaban de este modo convenientemente separados, aunque fuera de Grecia no era esta la norma.

A Etruria su culto debió de llegar en fecha temprana a través de las colonias griegas establecidas en suelo italiano. Era Hercle, dios que a las cualidades del griego (especialmente su papel de defensor del orden del mundo frente a los monstruos que quieren alterarlo o destruirlo) sumaba otras propiamente etruscas que lo hacían el protector de los pastores y le concedían propiedades taumatúrgicas. En Roma, ese culto arraigó con especial fuerza, tanta como para que el nombre original del semidiós, Heracles, haya quedado eclipsado por el latino Hércules. Era considerado un dios bienhechor, capaz de liberar de las fuerzas del mal con su insólita fuerza. Allí, en el año 495 a.C. según la tradición, se le erigió el Ara Máxima de Hércules Invicto.

Pero los griegos no se limitaron a difundir el culto del hijo de Zeus y Alcmena allá donde fundaban sus colonias. En otros lugares lo que hicieron fue asimilar el personaje a otros dioses preexistentes. Es el caso del egipcio Herishef, dios de la fertilidad y la justicia, y del fenicio Melkart, divinidad agrícola y marina a la que se rendía culto en todas las colonias de este pueblo de comerciantes, desde Gades (Cádiz) hasta la isla egea de Taso. Ambas divinidades recibían entre los griegos el nombre de Hércules. De este modo, las «columnas de Melkart» que delimitaban el fin del mundo en el estrecho de Gibraltar acabaron recibiendo el nombre de «columnas de Hércules».

Igualmente, el eco de Hércules se hace evidente en otros dioses que ya no tuvieron contacto directo con Grecia, pero sí con Roma. El galo Ogmios, aunque representado como un anciano, sorprende por portar los mismos atributos que el hijo de Alcmena, esto es, la

piel de león, la maza, el arco y el carcaj, aunque su fuerza no estribe tanto en sus músculos como en su elocuencia. Más evidente resulta la cercanía con el germánico Thor, que el historiador latino Cornelio Tácito (55-120 d.C.), en su obra *Germania*, identifica directamente con Hércules: ambos son desmedidamente fuertes, se dedican a librar al mundo de monstruos y, de ese modo, preservan el orden cósmico y la justicia. Además, tienen como símbolo un arma contundente, la maza en el caso del griego y el martillo en el germánico.

EL PORTERO DEL OLIMPO

Si el relato del final de Hércules constituye un todo relativamente homogéneo, ello se debe a la tragedia de Sófocles (496-406 a.C.) *Las traquinias*. El personaje clave en ella es Deyanira, nombre parlante que se ha interpretado de varios modos, desde «Asesina de hombres» hasta «La que arde por su esposo» o su más que elocuente reverso, «Aquella cuyo esposo arde». Y todo por amor, un sentimiento del que nadie, mortal o inmortal, escapa. Tampoco lo hace Hércules, quien parece sufrir más por caer a manos de una mujer, algo que considera humillante, que por la ponzoña que le corroe. Y, sin embargo, esa mujer no es menos víctima que el héroe, pues mata a quien ama cuando solo pretendía recuperar ese amor. Por eso, nada más cierto que los versos con que se abre la tragedia y que Sófocles pone en boca de la infortunada Deyanira: «Hay un dicho ya antiguo que entre los hombres corre según el cual no cabe, mientras no haya uno muerto, decir si ha sido buena su vida o no lo ha sido». Curiosamente, *Las traquinias* acaba con la muerte de Hércules en la pira, pero sin nada que anuncie apoteosis alguna. Para encontrar noticias de esta hay que acudir a otra obra del mismo autor, *Filoctetes*,

Hércules, ¿héroe o dios?

Ya en el siglo v a.C., el considerado padre de la historia, Heródoto de Halicarnaso (484-425 a.C.), advirtió que todo lo relacionado con Hércules resultaba, cuando menos, confuso. Como relata en sus *Historias*, en un viaje a Egipto tuvo ocasión de visitar un templo dedicado a Herishef, dios de la fertilidad y la justicia, que los griegos habían asimilado a Hércules. Ahora bien, y para su sorpresa, descubrió que en el país del Nilo nadie había oído hablar del héroe griego y sus gestas. Y no solo eso, sino que según le decían los sacerdotes, el Hércules egipcio era muchísimo más antiguo que el hijo de Zeus. Intrigado sobre este asunto y dispuesto a averiguar más sobre él, Heródoto se embarcó hacia la fenicia ciudad de Tiro, donde había otro templo venerable dedicado a Hércules (en realidad a Melkart, una divinidad agrícola y marina a la que también el griego se asimiló). Aquí las noticias tampoco iban acordes con lo que del héroe se sabía en Grecia, y lo mismo en una antigua colonia fenicia que había en la isla egea de Taso, cuyo templo a Hércules (Melkart) era, según calculaba Heródoto, como mínimo cinco generaciones anterior al nacimiento del vencedor del león de Nemea. Todas estas investigaciones lo llevaron a la conclusión de que Hércules debía de ser un dios muy antiguo, y que los griegos habían hecho bien en levantarle dos especies de templos, uno en el que se le ofrecían sacrificios como a inmortal y olímpico, y otro en el que se le brindaban honras fúnebres como a héroe destructor de monstruos y fundador de ciudades.

en la que el divinizado héroe deja por unos instantes las mansiones celestes para aparecerse al protagonista y resolver, como *deus ex machina*, un conflicto que había llegado a punto muerto.

La presencia de Hércules en el Olimpo fue recreada por varios poetas griegos. En su *Himno a Ártemis*, Calímaco (siglo III a. C.) imagina al forzudo héroe ocupando el puesto de portero del Olimpo, siempre quejoso de que la hermana de Apolo solo traiga de sus correrías cinegéticas liebres y ciervas, en lugar de bueyes o jabalíes con los que saciar su glotonería. Otro autor, el sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d. C.), presentó en uno de sus *Diálogos de los dioses* una airada discusión entre Hércules y el médico Asclepio sobre a cuál de los dos corresponde el mejor sitio en la mesa celestial. Al final, Zeus falla a favor del segundo, pues, a fin de cuentas, «murió antes».

En Roma, el hijo de Alcmena aparece en varias obras del poeta Ovidio (43 a. C.-17 d. C.). En las *Metamorfosis* se asiste a la lucha del héroe con el río Aqueloo por Deyanira, «joven bellísima, esperanza codiciada de muchos pretendientes», la muerte de Neso y la propia de Hércules. Este se rebela a su destino, no entiende por qué él, vencedor de tantos y tantos monstruos que asolaban el mundo y de todas las artimañas de Hera, ha de caer de modo tan ignominioso: «La cruel esposa de Júpiter se cansó de darme órdenes; yo no me cansé de cumplirlas. Pero he aquí una plaga insólita que no puedo afrontar ni con valor ni con armas ni corazas. Un fuego voraz circula por lo más hondo de mis pulmones y devora todos mis miembros. ¡Y en cambio Euristeo está lleno de vida! ¡Y hay quienes creen que los dioses existen!», exclama. En *Heroidas*, una colección de cartas que amantes célebres de la mitología envían a sus desdeñosos amados, Deyanira se queja de las ausencias de Hércules («mi marido nunca está aquí, más me parece un

huésped que un esposo, siempre a la caza de monstruos y de fieras horribles»), pero sobre todo de sus múltiples infidelidades.

En la tragedia *Hércules en el Eta*, atribuida al filósofo Lucio Anneo Séneca (4 a. C.-65 d. C.), la muerte y apoteosis del héroe reciben un tratamiento tan estridente y desmesurado como su mismo protagonista. Este, en el primer acto, se muestra como un niño grande ofendido porque, tras haber librado al mundo de todo tipo de plagas inmundas («la tierra teme concebir fieras para que yo las venza y no encuentra monstruos»), no ha recibido la recompensa que cree merecer («yo pido un firmamento al que yo he sostenido»); en el cuarto, en cambio, es la viva encarnación del estoico que acepta con serenidad su suerte.

EL RAPTO DE DEYANIRA

En el terreno de las artes, la muerte y apoteosis de Hércules no han tenido tanta incidencia como el ciclo de los doce trabajos. Aun así, no son pocas las obras plásticas relevantes. Ya en la antigua Grecia, la cerámica pintada muestra una abundante variedad de motivos sobre los episodios principales del final del héroe. Uno de los más populares es el del rapto de Deyanira por Neso: una hidria de figuras negras de la primera mitad del siglo VI a. C. representa a la mujer sobre la grupa del centauro y a Hércules abatiéndolo, no con sus flechas, sino con la espada. En cambio, en un olpe (tipo de jarro con asa alta) de figuras rojas del 420 a. C. se le ve recibiendo los golpes de la maza del hijo de Alcmena, mientras que en un lecito de principios del siglo V a. C. Neso aparece asaetado. En una espléndida crátera de campana de entre 400 y 375 a. C. Hércules está ya en el Olimpo junto a otras deida-

des que lo rodean solícitas. Como atestiguan los frescos hallados en Pompeya, los romanos sintieron especial predilección por el episodio de Ónfale. Uno de ellos es un tondo del siglo I d.C. que retrata a la reina y al héroe en actitud inequívocamente familiar.

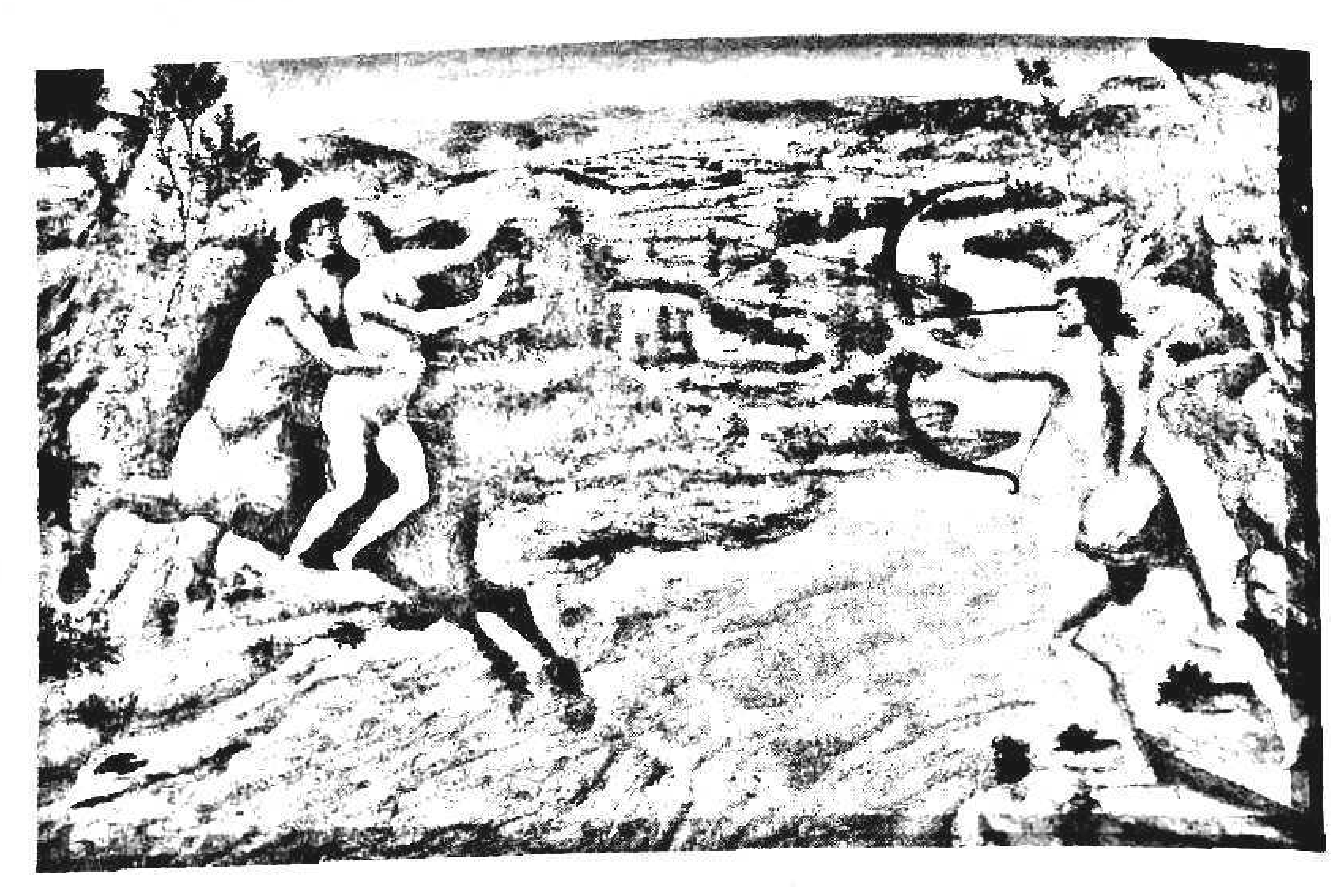
En el Renacimiento, el florentino Antonio Pollaiuolo (1432-1498) pintó una versión del rapto de Deyanira por Neso que rompe con el estatismo y bidimensionalidad de la pintura gótica. El esquema de esta obra, con la mujer a la grupa del centauro, ha sido repetido en innumerables ocasiones por artistas como Peter Paul Rubens (1577-1640), Luca Giordano (1634-1705) o Louis-Jean-François Lagrenée (1725-1805). Guido Reni (1575-1642), en cambio, se aleja de él en su *Deyanira raptada por Neso*, óleo que capta el instante mismo en que el centauro se hace con la mujer, que inútilmente intenta desasirse. Más brutal resulta la interpretación de Bartholomeus Spranger (1546-1611), quien representó a Hércules y Deyanira en placentero diálogo con el cadáver de Neso a sus pies. Ya a finales del siglo XIX, el simbolista francés Gustave Moreau (1826-1898) se alejó del mito para mostrar, en su *Otoño (Deyanira)*, a una sensual esposa de Hércules huyendo con su raptor por un paisaje mágico y misterioso como todos los de este artista.

Por sus posibilidades burlescas, la estancia de Hércules en la corte de Ónfale ha sido también abundantemente tratada. Lucas Cranach el Viejo (1472-1553) mostró al vencedor de la hidra de Lerna con femenil cofia e intentando hilar, aunque sin poder librarse de las carantoñas de las mujeres que lo rodean. Más allá fue el mencionado Spranger, que al héroe ante el huso sumó a la reina sin más atavío que la piel del león de Nemea y empuñando la clava. No obstante, la versión más conocida es la de François Boucher (1703-1770), que muestra a Hércules y Ónfale besándose en el lecho de ella y con dos pequeños Eros jugando a sus pies.



En esta crátera de campana de figuras rojas (Museo del Louvre de París), datada hacia el año 400-375 a.C y atribuida al llamado Pintor del Louvre, puede verse a Hércules en el Olimpo una vez alcanzada la inmortalidad, rodeado por otras divinidades. A su izquierda aparece su hermana Atenea, mientras que a su derecha lo hacen su madrastra Hera, ya reconciliada con él, y Hermes.

En lo que se refiere al final del héroe, destaca por su fuerza dramática *La muerte de Hércules*, de Francisco de Zurbarán (1598-1664). Aunque más que el momento de la muerte, fue la apoteosis que lo siguió lo que más despertó el interés de los artistas. Así, fue un motivo habitual en los palacios del Barroco, toda vez que Hércules era considerado por muchas casas reales su ancestro: su ascensión a los cielos, por tanto, era una forma de glorificar la monarquía. Una de las plasmaciones más espectaculares es el fresco del techo del salón de Hércules del palacio de Versalles. Obra de François Lemoyne (1688-1737), es un alarde de virtuosismo técnico en el que aparecen hasta 142 personajes que reciben al hijo de Alcmena a su llegada al cielo.





Arriba, Hércules y Deyanira *(University Art Gallery de Yale), una pintura de Pollaiuolo en la que se aprecia el interés de los artistas del Renacimiento por la mitología clásica, pero también por crear composiciones dinámicas y en un espacio que dé la sensación de tridimensionalidad. A la izquierda,* La muerte de Hércules *(Museo del Prado de Madrid), pintura con la que Zurbarán culminó su serie dedicada al hijo de Alcmena para el madrileño palacio del Buen Retiro. La obra destaca por su dramatismo, conseguido no solo por la figura ardiendo del héroe, sino también por el contraste entre su luminosidad y el fondo oscuro.*

BODAS EN LA TIERRA Y EL CIELO

Tomando como punto de partida *Las traquinias* de Sófocles y las *Metamorfosis* de Ovidio, el compositor alemán Georg Friedrich Händel (1685-1759) dio a conocer en 1744 su drama musical *Hércules.* Con libreto en inglés y elementos propios de la ópera seria italiana (el tipo de arias) y del oratorio (el relieve del coro), su protagonista no es tanto el hijo de Zeus como Deyanira. Su escena de locura «Where shall I fly?» es la página más original de una obra que, por otro lado, presenta un final feliz, pues acaba con el anuncio de la apoteosis de Hércules y la unión de Hilo y Yole.

La vida del esforzado héroe entre los dioses fue tratada por Christoph Willibald Gluck (1714-1787) en su fiesta teatral *Las bodas de Hércules y Hebe*, compuesta en 1747 para celebrar los esponsales del príncipe elector Maximiliano III José de Baviera y la princesa María Ana Sofía de Sajonia. Su música, agradable y encantadora, cumple a la perfección con lo que se esperaba de este tipo de espectáculos: transmitir que las virtudes de sus protagonistas hallan su reflejo en la pareja de contrayentes.

En fecha más reciente, Hércules fue un personaje que ejerció una profunda fascinación en el francés Camille Saint-Saëns (1835-1921). Además de un poema sinfónico de elocuente título, *La juventud de Hércules*, le dedicó otras dos obras, ambas referidas a los episodios finales del mito. Si la ópera *Deyanira*, estrenada en 1911 en Montecarlo, es hoy una rareza, no puede decirse lo mismo del poema sinfónico *La rueca de Ónfale*, prácticamente una escena de ballet en miniatura marcada por el ritmo casi omnipresente de la rueca. Más que el mito episodio a episodio, el compositor evoca aquí su esencia, «la seducción femenina, la lucha triunfante de la debilidad frente a la fuerza».

Índice